

bres que vayan a casarse. Otra medida será la de instaurar el Instituto de Ciencia Sexual, para la adolescencia, cuya necesidad e importancia puede negarlas sólo el que ignora el mundo, y prejuiciosamente quiera seguirlo ignorando. A primera vista, ciertamente que repugna tener que enseñar a la juventud cosas tan íntimas; pero del mismo modo que se enseña al niño buenos modales en la mesa para que mañana no sea un hombre goloso, así debe enseñársele el buen uso del sexo y evite, ya hombre (o ya mujer), los abusos y desviaciones siempre viciosas cuyo elevado porcentaje en el mundo actual es aterrador. De sobra es conocido que la criminología sexual va en aumento casi vertical en nuestras sociedades, y las desviaciones privadas, aquellas que no caen bajo la ley penal, se presentan tan frecuentemente que casi ya no quedan personas psicosexualmente equilibradas. Y no alvidemos que es precisamente la ruptura de este equilibrio lo que hace de los hombres piltrafas humanas: psicopáticos, neuróticos, esquizofrénicos, paranoicos, dipsómanos, etcétera, de que rebose el mundo, haciendo eternamente inalcanzable la cantidad que de psiquiatras y de centros psiquiátricos se necesita, porque cada día crece la necesidad de ellos, y aumentando paralelamente los gastos para la manutención de los mismos. Y si en otras cosas ha sido lo ideal remediar antes que curar, tanto más en este terreno, máxime que aquellas piltrafas, mientras andan libres, son las que encienden hasta las guerras al lograr el gobierno de una nación. Y son los centros de educación sexual, más que las religiones, los que satisfacen esta condición ideal, si quiera mientras se llega el día, ideal entre todos, en que todos los hombres se hayan colocado en el plano del misticismo. Y por último (tercera medida), se establecerán Centros de Maternidad en toda la extensión del país cuyo fin será controlar la ignorancia y negligencia que ha sido la causa del 80 por ciento de la mortalidad de los niños al nacer, y que serán atendidos por grupos de médicos, practicantes, obstétricas y enfermeras —enfermeras de más sólida base moral que científica—, quienes visitarán periódicamente a domicilio a toda mujer encinta para exámenes integrales y de registro de todos sus antecedentes

clínicos, enseñándoles limpieza e higiene, pautas para la dieta y cuidados para los hijos, lo cual significa constante atención médica antes y después del parto, y quiere decir que por primera vez se llevará a cabo en todo el país la asistencia médica de que siempre se careció porque siempre hubo el absurdo de que sólo en la capital y cabeceras departamentales había médicos, por cierto que amontonados unos sobre otros, sin poderse encontrar ni para remedio en los demás pueblos donde moraba el ochenta por ciento de la población total. Por esto resulta fácil comprender por qué aquí fueron casi nulos los sistemas asistenciales, y por qué la serpiente Haygea era sustituida por nuestras víboras ascaridianas, y por qué morían en el país el cincuenta por ciento de los que nacían, de los que sólo un décimo recibían asistencia médica, y siendo la mitad de esa cifra, o sea el veinticinco por ciento, niños menores de un año (fuente: Dirección General de Estadística, Boletín de 1948); pues para una población de casi tres millones de habitantes debía haber por lo menos veinte mil camas de hospital, tomando en cuenta que nuestro promedio de estancia en los hospitales era de dos y hasta cuatro veces mayor que en cualquiera otro país, debido a que nuestra profunda desnutrición retardaba considerablemente los procesos de restablecimiento, tanto más cuanto que en dichos centros la alimentación fué siempre en alto grado insuficiente, algo así como una dieta de hambre, es decir, igual o poco menos a la que acostumbábamos en casa (que si en tales centros la alimentación hubiera sido completa habríamos aprendido a comer y hasta a trabajar más para seguir con ese régimen puertas afuera). Sin embargo, el número de camas que existe, contando las privadas de las casas de salud, no llega ni a cuatro mil; escasez que trataban de corregir construyendo un hospital de no más de cien camas cada diez años, porque decían que el dinero no alcanzaba para más, al par que construían en la mitad de tiempo y al precio de seis hospitales una "Villa de los Deportes" y algunas otras villas por el estilo... De ahí que resultaba tragicómica la promesa de la Sanidad pública de erradicar a corto plazo los anofeles transmisores del paludismo, viendo que ni

aun podía contra aquellas víboras que son un poco más grandes y se desplazan más despacio. Aunque ciertamente en algunos lugares ya empezaban a desaparecer los mosquitos, sólo que debido a las talas inmisericordes de los bosques que todo realizábamos para sacar leña, lo que redundaba en el agotamiento de muchas fuentes y arroyos que irrigaban los campos y en los que se multiplicaban aquéllos, debiéndose entonces en tales zonas morirse menos de malaria y más de hambre. Nuestra esperanza está, pues, cifrada en los futuros médicos, o sea en los que tomen la profesión no como un medio de enriquecerse, sino con el abnegado fin de llevar la salud y la felicidad a todo nuestro pueblo que es también el suyo, y jamás vuelva a verse la iniquidad que vimos en una finca de la costa pacífica que a su manera quiso un día interesarse por la salud de sus trabajadores, apelando al procedimiento de retenerles a éstos sus salarios hasta que no hubiesen limpiado sus covachas, en vez de haberles dado un sobresueldo por cada vez que las asearan. Pues ¿no éramos todos como niños? ¿Y no es el decir que la limpieza es el lujo de los pobres?

“De esta guisa estaremos seguros de alcanzar nuestra meta, cual es: no sólo la de prevenir y tratar enfermos, sino edificar además una óptima salud mental y física, y poder cumplir con los dictados de nuestra conciencia, conciencia como hombres, como gobernantes y como profesionales. A propósito de esto último —conciencia de profesionales—, débese saber que fué el materialismo o falta de humanidad de los señores médicos lo que obligó a los hombres a inventar los sistemas de seguro social con el intento de corregir ese defecto, como el socialismo obedeció al deseo de amortiguar, siempre forzadamente, el efecto o las consecuencias del egoísmo entre los mortales. Pero fácil es ver que ésto no es tampoco el remedio de aquélllo, y los seguros, aparte de llevar a cabo una distribución mejor de los servicios médicos, están llamados a fracasar como fracasaron antes los sistemas asistenciales del gobierno y los Estados de beneficencia (socialismos). Del seguro social decimos, pues, lo mismo que dijimos del capitalismo o “democracia” en relación al comunismo, ya que

ambos, inhumanidad y comunismo, o inhumanidad y mercantilismo, tienen igual principio; fracaso tanto más asegurado entre nosotros, donde un sesenta por ciento de la población no tiene costumbre de buscar médico, y que al verse a ello obligado iba a exigir de él más humanidad que otra cosa, como la ha recibido siempre de sus curanderos. No será, pues, con sistemas de esta clase como se rescatará a la humanidad y se satisfará la sed del enfermo de ser espiritualmente comprendido, y la falta de humanitarismo en el médico que le habilite para comprender a aquél; de donde tanto éstos como aquéllos seguirán mutua y eternamente inconformes: inconformes como hombres y hasta como profesionales. Que los egoísmos, los prejuicios, la mala voluntad, en fin, no se conquistan con salarios. Y es que no son los sistemas, o sea el edificio, los que deben considerarse; antes y en primer término debe tomarse en cuenta al hombre, que es el ladrillo de ese edificio. Y estos hombres se comportan moral y filosóficamente lo mismo, ya en un sistema que en otro, pues que todos yacen igualmente sumergidos. Frescas están aún las palabras de Churchill cuando dijo, refiriéndose a ese socialismo, que éste "ya no es un plan para ayudar a una décima parte de la población sumergida, sino para sumergir a las otras nueve décimas partes a su propio nivel"; palabras que tal vez podían pecar de exageradas, pero en ningún caso de mentirosas, pues que en el fondo dicen verdad. El verdadero remedio, volvemos a decir, para el presente y los demás problemas, es el renacimiento del humanitarismo en los señores médicos, y vuelva el paciente a fijar su fe en ellos y no más en su tren de aparatos "clínicos". Entonces iban a bastar los sistemas asistenciales comunes, ampliando no más su radio de acción a manera de abarcar las rehabilitaciones, prestaciones y pensiones, y haciéndose cumplir inflexiblemente en todas partes las legislaciones preventivas contra accidentes.

"Este humanitarismo se fomentará, además, asegurando una vida decorosa y holgada a los de relevantes aptitudes en las ciencias, y más en las artes, para que todos puedan dedicarse libremente al producto de sus virtudes, debiendo atender expresamente al adelanto cultural y mo-

ral de los humanos. Es por eso que también se estimulará la danza para la adquisición de la gracia y el concepto experimental de armonía, así como la buena música, como medio de facilitar el entendimiento y la comprensión mutua, y sea una realidad el sueño de aquel pensador que dijo: "¡Qué hermosa sería la vida si transcurriera en las galerías de arte, en las salas de concierto y en las Universidades!, porque allí el alma no es un mero espectador de actitud pasiva, como ocurre al presenciar un cine o un deporte, sino activa y emprendedora de meditación y estudio". Se entiende que nos estamos refiriendo a la Universidad de verdad, a aquella cuyos estudiantes son universitarios en todo tiempo y lugar, universitarios así llamados porque observan, comprenden y aman y que el arte al cual nos referimos es el genuino, o sea el transmisor de las observaciones e impresiones que de la vida tuvo el artista; aquel arte de inspiración mística del que debemos esperar siempre grandes cosas, porque sólo teniendo en el pecho el ideal de Dios pueden el cerebro y las manos hacer maravillas; aquel arte, en fin, que mueve ora al regocijo, ora a la reflexión, o bien a la tristeza, pero nunca a la indiferencia y menos a la repugnancia, como vimos que ocurría con el vanguardismo en los casos en que lograba impresionarnos, pues generalmente pasaba en nosotros como el agua en los tejados, ya que sólo adquirimos plena conciencia de las representaciones importantes, y éstas sólo pueden ser las que, entre otros atributos, espiritualizan y transfiguran las sensaciones, y no las que las desfiguran, es decir, las que violan las representaciones habituales. Y es que —volviendo a insistir en el análisis de este "arte": procedencia y objetivos— sus representantes vanguardistas se negaban a tomar en cuenta que en el comprender domina la tradición, según la ley del menor gasto de energía, y que se realiza mediante representaciones habituales, ya que las representaciones tradicionales dominantes son las que se convierten en habituales. Por eso Richard Avenarius, en "La Filosofía como pensar del Mundo", escribe: "Lo tradicional, lo habitual, decide de la validez de las apercepciones comprensivas... Cuando la apercepción de una figura deja parte de nuestras ener-

gías sin utilización, ésta nos resulta insípida, sintiéndonos en cambio confundidos y desorientados cuando la misma requiere un gasto excesivo de energía. La figura no puede resultarnos agradable —o armoniosa— sino en el caso de que la cantidad de energía de que disponemos y el esfuerzo que nos ocasiona la aperccepción de la misma se equilibren; en otros términos, se correspondan exactamente, pues sólo en este caso se satisface cumplidamente el principio de menor gasto de energía, el cual, por una parte, exige que no se meplee para una tarea determinada más medios que los necesarios; y por otra, que al realizarla no tengamos que hacer un esfuerzo superior al habitual. Por lo demás, lo mismo que ocurre con la aperccepción de figuras simples, ocurre con las palabras; por ejemplo, cuando el poeta, en vez de la expresión exacta que el lector esperaría, se vale de una vaga, quedando a cargo de éste el hallar la exacta, si es que quiere dar empleo armonioso a sus medios apercceptivos". El mismo autor añade que "el principio de menor gasto de energía, por ser la raíz de la tendencia a comprender, es también la raíz de toda tendencia a la unidad en general, y a la unidad de orden superior, en especial". Y he aquí cómo, apenas le aplicamos un poco el análisis o la crítica, éste que no es arte ni belleza excepto para nuestros antepasados de épocas prehistóricas, se desvanece y de él no queda nada, nada comparable al arte. ¿Es ciencia, pues? Tampoco, porque toda ciencia cuyo objeto ya sea aprender o enseñar, se caracteriza, primero, por la reducción de su materia a los elementos más simples; y segundo, por derivar de dicha materia conceptos generalísimos y leyes supremas. Sin embargo, no es locura de remate lo que hay en torno a este vanguardismo, como podría creerse ahora, si tenemos presente que todas las cosas se nos muestran en actualidades, en apariencias falsas y engañosas cuya forma variará en cada instante, y será distinta para cada espectador en la misma unidad de tiempo, yaciendo debajo de ellas la verdad, la realidad pura en sus vibraciones intrínsecas, la que ejerce igual impresión en todos en un tiempo dado; y que es en estas vibraciones intrínsecas en las que han querido basar estos pintores sus absurdas inter-

pretaciones. Y a pesar de que es verdad que a longitud de onda vibratoria de un color determinado corresponde la de un sonido en su armónica respectiva, así como puede la principal o la armónica de éstas vibraciones provocar en nosotros amor, odio, o cualquier otro sentimiento, empero, la dificultad está en conocer a ciencia cierta estas equivalencias para no cometer el error y el ridículo de pretender hacer concordar por la fuerza vibraciones que no corresponden. Y éste es el caso de estos pintores, que sin conocer las leyes que rigen la materia, las que por pertenecer al plano del misticismo no se ven con los ojos de la cara, tratan de erigirse en maestros de privilegiadas sensibilidades, no siendo las suyas sino pseudoestusias o caprichos de una imaginación muy viva, pero nada más. Igualmente cierto es que en la naturaleza no hay línea divisoria entre los distintos cuerpos que la forman, porque todos constituyen una unidad: la unidad del Universo; sólo que el simple conocimiento de esto no nos habilita para quedarnos únicamente con el color, divorciándonos del dibujo, a menos que conscientemente nos confesemos aunados o confundidos con ese Universo, lo que se obtiene al ascenderse al plano superior mencionado antes, y sólo entonces. Fácil es comprender que, en este caso, al quedarnos sólo con el color, éste será sobremanera distinto de como lo perciben nuestros artistas: será un color armónico y a la vez melódico. Y fué en vista de que nuestros vanguardistas no pintan la primera imagen por negarse a seguir las formas tradicionales del arte, ni la segunda por no poder descubrirla, inventaron una tercera, necesariamente iccnoclasta, como quien prefiere expresarse en una lengua desconocida, la que consiste en expresar su propia impresión pero no de naturaleza espiritual, desde luego, pues de serlo caería en una de las dos primeras que ya rechazó, y seguiría siendo tradicional y universal, o bien mística; sino cerebral, la cual justo es que varíe de un hombre a otro pese a la negación que pretenden hacer del tiempo y del espacio. Por eso "reproducen" las cosas no como "parecen", porque entonces la reproducción de un árbol, por ejemplo, seguiría siendo árbol y no otra cosa o no-árbol; ni la cosa en sí misma o en su esencia, por-

que en tal caso su impresión fuera la misma en todas las personas capaces de descubrir como ellos esas vibraciones intrínsecas, y siempre sería amable o simpática esa imagen a cualquier espectador. Pero lo que ocurre es lo contrario, a más de que no hay dos pintores de esta clase que tengan igual impresión ante el mismo objeto o figura. Mas no basta decir que el trazo de su cuadro es un producto cerebral con pretensiones de imagen, para definir su naturaleza; debemos agregar que es la resultante de la mixtura de dos cosas: la imagen de la figura, y el elemento introducido en ella por la mente del pintor, elemento que está en relación y es consecuencia de la inseguridad y grado de inseguridad, inconformidad, insatisfacción y despecho interiores del pintor como hombre, y a veces también como artista. Y como tal elemento es el que predomina, puede decirse que aquel trazo no es sino su propio encefalograma. Y si se dice que el descontento es creador, pero es refiriéndose a un descontento lógico o razonable y obedeciendo a causas justas; en una palabra, cuando en él hay conciencia. Pero si aquél obedece a causas innobles o a intereses personales, como es lo frecuente; si se trata de rebelión ciega, como quien tiene el diablo en el cuerpo, lejos de construir destruye lo creado por otros, acabando en el caos.

“Resumiendo: los pintores de este tipo no reproducen la figura como es en actualidad, ni como es en realidad, sino como ellos quieren que sea vertiendo en el lienzo exospectivamente el estado desordenado y hasta caótico llevado introspectivamente a veces sin sospechar. De suerte que lo que éste dibuja no es como representación, ni siquiera como percepción, sino, como se dijo, mera yuxtaposición de ambas sustancias: objetiva y subjetiva, dominando naturalmente en la resultante esta última, o sea aquel estado psicológico mencionado, que frutaba en esos cuadros contra el sentido común. Pero ¿quién respetaba el sentido común? ¿No decía Carlos Vossler que éste es “el peor enemigo de todo rigor científico”? Su abolición debía, pues, ser imprescindible, tanto más que él es la expresión y comprensión “humana” del hombre. En esta dirección, este vanguardismo, iconoclasta en todos los pla-

nos, bien puede considerarse como un anticipo del caos o una avanzada del comunismo, pues quitadle las tradiciones a un pueblo y los tendréis a merced de cualquier nociva influencia, y más fácilmente de las demagógicas; por lo que este arte, que debemos llamar mejor habilidad (pues según hemos dicho, arte es el que cumple la función universal de agradar a todo el mundo, sea cual fuese su raza, su religión o su política, exaltando en ellos el sentimiento de lo sublime; sentimiento que sólo lo despierta la obra de arte cuya belleza está en ella misma y no en el contenido ideológico que pudo haberla motivado), por lo que esta habilidad, decimos, cuando es consciente de sus propios fines adviene utilitaria, dogmática o sectaria, unilateral e interesada, como son las artes aplicadas o las artes industriales. Y cuando no es consciente de dichos fines, le hace entonces inconscientemente el juego a aquellos interesados. Pero, consciente o no, estaba, como se dijo, en concordancia con las filosofías de la época que no admitían el alma en su sentido metafísico, y hacían de la psicología una ciencia física, ya que ellas no eran sino la rebusca de malas razones para justificar sus malas tendencias, por querer ignorar que la Filosofía, Madre de todas las Ciencias, no sólo es crítica y análisis, es también síntesis y construcción; no sólo es la Verdad: también es la Virtud. Por eso se la compara a un árbol cuyas raíces son la Metafísica, el tronco la Física, y las ramas todas las ciencias que se reducen a tres: la Medicina, la Mecánica y la Moral. Pero al negar la metafísica (las raíces), el árbol ya no es no sólo madre de nada, sino que ni siquiera es árbol, para volverse un insensible báculo que obedece sin chistar a la voluntad y caprichos del amo. A eso se debe que los numerosos filósofos contemporáneos abundan en expresiones contradictorias y siempre oscuras por indecisas y fluctuantes, vicio no debido "a la misma riqueza y plasticidad de sus pensamientos" como quiere Francisco Romero, sino al poco dominio e inseguridad del suelo que pisan por la destrucción que hicieron de la ciencia de vivir, y, como ella, de todas las demás ciencias a las que debe el hombre su supuesta elevación. Filósofos que, al igual que los artistas mencionados, no hacen otra cosa que complicar

la vida contribuyendo al estado de Babel en que vivimos, pero no la de los oscuros babilónicos que siquiera intentaron acercarse al cielo, sino la de los doctos modernos que luchan por bajar el cielo y ponérselo a la altura de sus pies. Una vida y una civilización tan complicadas que ya no bastan simples empíricos, ni expertos o técnicos, para hacerla caminar: se exige genios, los que, además, deben ser auxiliados de aquellas máquinas que si uno quisiera describirlas apenas podría decir que tienen de radio, de máquina de escribir, de órgano cartela, de teletipo de imprenta, cintas de memorándum, y, finalmente, un mecanismo nunca visto antes, con veinte mil tubos de radio, señales luminosas y de campanas cuando sufre algún desperfecto interno, con un peso total de 30 toneladas, y llamadas, por último, "cerebros mágicos electrónicos", que sirven para mil y un usos, pero que, a pesar de todo, tanta complejidad y dificultad ni siquiera se ven compensadas con la precisión de los resultados, que tanto distan de ser satisfactorios.

"Y con el apareamiento de tantas y a veces decepcionantes por contradictorias filosofías, reflejos de su época desordenada y caótica que lejos de provocar la burla de Voltaire debían encender la lágrima de la compasión, el hombre se fué sintiendo con más derecho y menos remordimiento para seguir perdiendo sus moldes clásicos de vida, la pauta más o menos normal y racional que había seguido por lo menos en los "contenidos de su conciencia"—para emplear el lenguaje de ellos mismos—, sustituyéndolos por el empirismo, primero, y por último por el automatismo estúpido, menos que animal y esencialmente irracional: que a tal conduce el haber negado la parte metafísica del hombre y, por consiguiente, su lado místico, siendo que lo metafísico nos rodea como el agua al pez. Con ella, las revoluciones dejaron de sucederse en los terrenos sociológico y religioso, para serlo en el bajo plano industrial; revolución ésta que si no dió a cada hombre una mejor comprensión de los valores, dió a cada familia, con el automóvil, un radio de acción diez veces mayor que el que tenía un emperador hace cien años; con el avión, la capacidad de medir en segundos cualquier latitud; con

la radiofonía, la habilidad para circunnavegar mentalmente el globo terráqueo a 200 mil millas por segundo... En resumen, dió al hombre el convencimiento de que "ya no era un sermón lo que había en la montaña, sino una montaña de poder en el átomo", acabando él mismo por colocarse en el pedestal de los dioses, dando por resultado que, en su mundo objetivo, las divisiones sociales, políticas y religiosas que ya existían no sólo se agravaban, aumentando su mutuo antagonismo, sino que igualmente crecían en cantidad, habiéndose agregado los sindicatos, asociaciones, colegios, cooperativas y corporaciones (y, en nuestro país, además, las "colonias" quezalteca, salamateca, etc., de la capital), en lucha cada una por sobreponerse a la otra o en contribuir más que ninguna a la desintegración total de la humanidad como entidad racional y consciente, yendo en crescendo la inconformidad de cada uno porque el amor, que todos tienen derecho de recibir y obligación de dar, es una necesidad intuitiva (esta palabra en su acepción latina). ¡Cuánta verdad encerraba la advertencia de Alexis Carrel al señalar en su libro "El Hombre el Desconocido", el peligro de una humanidad que había madurado demasiado en la ciencia, volviendo las espaldas a Dios. El mismo Julio Verne había expresado ya antes su temor de que los hombres, incrementando el invento de las máquinas, llegasen un día a terminar por ser engullidos por ellas mismas. Y henos ya en el principio de ese fin, que si el progreso de las naciones nos lleva a las hecatombes mundiales, el de la ciencia nos conduce a Hiroshima. Que en vez del Superhombre hemos obtenido la Superbomba, consecuencia lógica del olvido de Dios y de la pérdida de todo sentimiento religioso, el que hasta los gobernantes se empeñaron siempre en arrancar de sus gobernados, unos indirectamente y otros despotizando como Barrios o Calles, convencidos de que tal sentimiento, por ser llevado fanáticamente, era el responsable de muchos males nacionales supuestos o verdaderos; persecuciones religiosas que siempre produjeron efectos contrarios a los deseados, pero que no por eso se suspendieron ni siquiera en estos países hispanoamericanos de tradición profundamente religiosa, siendo en los demás casos

sustituídas por los métodos indirectos y creídos inofensivos, debiéndose contar entre estos últimos al llamado laicismo —“el que conmigo no recoge, derrama”— y el divorcio de la iglesia y el Estado, que no fué sino la renuncia por parte de éste de la influencia frenadora de aquélla, al par que se permitían todos los libros, películas y demás espectáculos contra la fe, sembrando vientos que un día debían ser tempestades. Día que ahora ha llegado —no hay plazo que no se cumpla—, poniendo en temblores a esos mismos gobernantes que ven ir perdiendo uno a uno sus ancestrales privilegios, cuya pérdida total tratan en vano de evitar con el tardío *mea culpa*, y devolviendo a las religiones el prestigio y en parte hasta los poderes de que las había despojado, juntamente que apelan al, o encienden el sentimiento religioso de esos gobernados a los que se desea enlistar en la defensa —una defensa que resulta siempre agresoria— de aquellos privilegios contra doctrinas que por igual conveniencia siguen llamando exóticas. Y si es verdad que este cambio en la conducta de los gobiernos es para hacer bailar de contento a los ministros de Cristo, los que, bajo el mismo temor que los jefes de Estado, hasta piensan —pero sólo lo piensan, porque las interpretaciones objetivas de los hombres son esencialmente separatistas— dar un paso en dirección a la unión o alianza entre todos ellos, es también posible asegurar que, como ocurrió después de las Cruzadas de Jerusalén y ocurrió recientemente entre los países del Islam frente a la común amenaza Israelita, asegurar que pasado el terror actual volverá a presentarse la vieja realidad, o sea las persecuciones nuevamente francas o encubiertas en los mismos países que hoy se disputan el honor de ser los abanderados de la fe, con el mismo intento de desarraigar por la fuerza lo que hoy han tratado de reavivar. Y tal cosa es posible afirmar como segura porque las religiones que se están proponiendo como remedio son las mismas de siempre, con sus mismos errores y sus mismos egoísmos, y los encargados de aplicarlas —los ministros del Señor— siguen teniendo los mismos defectos que antes, los mismos prejuicios y las mismas o mayores ambiciones personales. De consiguiente, habremos de

presenciar de aquí a un tiempo los mismos efectos que ayer se abominaban y que condujeron al laicismo y demás "ismos" tortuosos, para que la historia se siga repitiendo. Porque el hecho de que los gobiernos democráticos, como cualesquiera otros explotadores, se decidan hoy a hacer uso de la religión como la medicina ideal para el mal presente, no prueba que dichos hombres de Estado estén convencidos hoy, más que antes, de la bondad o eficacia de tal medida, como no demostró convencimiento semejante respecto al régimen ruso, el haberse aliado antes a Rusia en su lucha contra Hitler, y lo cual se ve confirmado por la invocación simultánea que hacen de Dios y de la bomba atómica o la tritónica, como si Aquel y éstas fuesen compatibles.

"Pero, así y todo, creemos nosotros estar aún a tiempo de hacer invertir aquellos esfuerzos, y se cambie la superbomba por el Superhombre, a cuyo fin daremos el siguiente paso en nuestra labor, cual es, una vez preparado el terreno: depositar en el surco la semilla de misticismo. Y es bajo aquel rígido control que, contrariamente a lo que podría creerse, estaremos seguros de poseer la libertad, la libertad pura, la cual ya no será sólo del cielo, como decían los antiguos sabios".

Hizo una pequeña pausa, mientras yo seguía en mi faena que recién había empezado, que era la de volar lápiz anotando sus principales ideas y expresiones en mi cartera, antes que fuera a olvidarlas. Luego él prosiguió:

—Ni que decir que para esta segunda parte hemos de necesitar de la decidida y entusiasta colaboración de los obreros especializados, o sea de los religiosos y religiosas cristianos que hayan comprendido y estén dispuestos a dar a la religión el carácter dinámico o de gimnasia que tuvo en su principio, no más conformándose con la teoría al sólo pedir: "¡Imitad al Maestro Jesús!", conformidad ésta que ha hecho fracasar al cristianismo, como fracasaron las docenas de religiones que fueron anteriores a él".

Tampoco ahora pude ocultar mi sorpresa ante esas palabras que oía por primera vez. ¿Fracasado el cristianismo? ¿Cómo podía ser? Es verdad que, hasta cierto punto,

podía esto deducirse del hecho histórico que acababa de citar, el cual a todos constaba; pero, cuando a uno le han inculcado religión desde niño, uno se encariña con ella, sea ésta cual fuese, como acaba por encariñarse con sus hábitos y costumbres adquiridos desde en época temprana, y difícilmente vendrá a creer cualquier cosa que se diga contra éstos o contra aquélla, por mucha razón que se tenga al decirlo; y en los pocos casos en que podemos creerlo, no por ello estamos anuentes a cambiarlos en seguida (y a veces en ningún tiempo) por otros nuevos. De ahí que, aunque entrevía parte de razón en eso que él decía de la religión, me preparé, no obstante, a rechazar todo lo que pudiera argumentar en relación a tal fracaso.

A continuación, y habiendo también ahora notado mi gesto de asombro, él empezó a darme una a una las razones de más peso en las que hacía descansar aquel sorprendente aserto.

—Prueba de tal fracaso —decía con su palabra reposada, que contrastaba con el estado de excitación y angustia que me había invadido— es el ver a tantos y a tantas andar con Dios en la boca y el diablo en el pecho, o, como dice el refrán —y ¡qué sabios son los refranes!—, con cara de beato y uñas de gato, desde nuestros odiosos tiranuelos que al iniciar su santo gobierno invocan a la divinidad para poner al país —y ponerse ellos mismos— bajo su protección, hasta la última cocinera; es el ver a casi todos los mortales seguir poniendo, como solían hacer antes de Cristo, las virtudes después del dinero; es el ver en todos tanta inconformidad y tanto pesimismo, teniendo ojos sólo para mirar el lado adverso de las cosas; es el ver a muchos sentirse tan extraños fuera de su pueblo o nación, considerándose judíos hasta que no retornan al terruño, en vez de sentirse siquiera hermanastros con los del otro país, y a la tierra que los sustenta mirarla como a su patria: Ubi bene, ubi patria; es el ver en el mundo de hoy, gobiernos del tipo de los de antes de Cristo y que son los que rigen a la mitad de la población total del mundo “civilizado”, algunos de los cuales no sólo hacen a un lado al cristianismo, sino que hasta se sirven de él para

organizar el llamado "socialismo cristiano" cuyo fin es el de extender precisamente la influencia del comunismo en los pueblos. Pruebas son las guerras, que lejos de haber sido ya proscritas, se perfeccionan, y en cuyos campos desaparece el tenue barniz que le da apariencia humana al hombre, sea oriental u occidental, para desenmascarse y ser, dos mil años después de Cristo, la misma fiera que antes de Cristo y que antes de Moisés, acometiendo con el mismo grito de: "¡Ay de los vencidos!", que se gritó desde Breno y desde antes de Breno. (Pero ¿es necesaria la guerra para perderse tal barniz? ¿Quién lo tiene ni en tiempo de paz, cuando ya el portar armas es cada vez más inevitable en nuestras sociedades de gangsters?) Guerra que no es solamente entre los profanos, sino también, y más permanentemente, entre los mismos dirigentes y ministros de las distintas sectas, a los que mil años no han bastado para unirlos, lejos de eso los ha ido separando y poniéndolos cada vez más frente a frente en una lucha sorda y de carácter totalitario, ya que dicha guerra no se localiza a los ministros, sino que con igual saña transmiten y heredan a sus respectivos feligreses, todo lo cual no obsta, sin embargo, para que unos y otros sigan creyendo que Dios es Amor y Amor es Cristo, haciéndonos recordar lo que se lee en la Primera Epístola a los Corintos: "Porque sois carnales": pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, y disensiones, ¿no sois carnales?... Es prueba también el que siendo Europa la cuna y sede del Vaticano y de la Reforma, todos estén contestes en que será América el sol de la civilización universal; es también el infinito número de preguntas que surgen dentro de cada secta y que se quedan sin respuesta, dejando eternamente en la duda al creyente, lo que ha dado lugar hasta a los ataques de que han sido objeto y lo cual no sucede contra otras religiones como la mahometana, la indostánica, la de Confucio o la judía; lo es igualmente la creación de una nueva religión que llaman Codoaísmo, mezcla cerebral de tres religiones orientales y la misma cristiana, en la que sus fieles, que ya suman millones, han creído hallar lo que no pudieron encontrar en el cristianismo solo; prueba es, en

fin, (porque el carácter de esta plática no nos permite tratar el tema en toda su extensión), ese miedo a morir que siente la mayoría: a pesar de que en cada una de sus sectas se enseña que la otra vida es mejor que ninguna, el cristiano corriente, en su lecho de muerte, tiembla y se espanta ante lo desconocido, cual si no tuviese ninguna religión. Fracaso debido no a defectos del mero cristianismo sino de las propias iglesias cristianas así llamadas, que se hallan compuestas de leyes, teorías, prácticas y credos cada vez más lejos de las enseñanzas originales de Cristo, las que por eso mismo resultan cada día más difíciles de ser aceptadas sinceramente por la mayoría de los hombres, redundando necesariamente en la creciente debilitación o decaimiento de su fe, tan débil ya que se deshace solita, como terrón de azúcar en la boca, al roce de cualquier circunstancia que la ponga a prueba, y lo cual no puede ser de otro modo toda vez que la fe no nace sin obtenerse la debida confianza en los conocimientos debidamente adquiridos y justamente interpretados; confianza que adviene hasta que se ha puesto en práctica y experimentado personalmente con las leyes y principios aprendidos, y sentido plenamente sus efectos. Porque las religiones, cuando nadie las comprende, no hacen buenos a los hombres, y sí los hombres pueden hacer malas —y las hacen— a esas religiones.

“Esto quiere decir que antes de ser religiosamente cristiano se debe ser moralmente cristiano, y los ministros deben poner más énfasis en conocer y hacer conocer los principios místicos del cristianismo (la armazón) antes que su parte religiosa o ropaje, y no, como vienen haciendo desde hace muchos siglos, insistiendo exclusivamente en la teoría, y una teoría superficial y sin estudio de ninguna clase, requiriéndose tan sólo su asistencia a las iglesias una vez por semana, hacer allí ciertos saludos, quemar incienso o velas, dar la limosna o hacer algo que se supone le traiga una bendición, y luego olvidarse de todo eso para dedicarse a sus propios asuntos por el resto de la semana, sin importar el color o el carácter de tales asuntos, porque no tienen comprensión alguna de ningún principio religioso. ¡Y con tal procedimiento se pretende

nada menos que hasta el logro de la desvalorización de la existencia terrestre!... Un fracaso tanto más de lamentar cuanto que es también el fracaso de la educación de los hombres, el fracaso de la civilización, el fracaso del Rotarismo y del Leonismo y de todo el género humano. Por eso se hace del todo imprescindible despojarse de los fanatismos y mirar la verdad desnuda, tal cual es y no como queremos que sea, verdad que exige que se hable sin eufemismos y en voz recia para que todos tratemos de remediarlo". —(Me quedó mirando, como escurcando dentro de mí, para agregar:)— "Toda protesta contra esta verdad, estando como está en el alma de todos, saldría sobrando o resultara futil si no fuera doblemente peligrosa por su acción aletargadora. Pero ¿habrá quién pueda protestar o negar? Si esa verdad ya fué admitida por el Papa mismo al haber declarado más de una vez que "el materialismo (o bien el ateísmo, la herejía, etc.), se ha impuesto en el mundo", ofreciendo como remedio "una cruzada espiritual a través del mundo", la que haría asociado con el presidente Trumán, el mismo que en pleno "Año Santo" —año de Perdón y Gracia— se vió en el caso de ordenar la construcción en serie de la superbomba "H", o sea la bomba hecha "de la misma sustancia que incendia el sol y las estrellas", pero cuya sombra le ha de dar oficialmente visos de poseer el poder temporal que, hoy como ayer y mañana como hoy, sigue y seguirá necesitando. No hace falta tenerse dotes de profeta para anticiparse desde ahora que tal cruzada, en caso de ser de veras realizada (y ¿cómo podrían realizarla?), fracasará igualmente al seguirse insistiendo en la teoría, como quien dice queriendo ahuyentar al diablo con el signo de la cruz, sin parar mientes en que el mundo de hoy se caracteriza por ser eminentemente práctico y experimental (aunque esto de ahuyentar al diablo con el signo de la cruz es poco exacto, a menos que nos refiramos a las cruces de las tumbas abiertas por Trumán y Stalin en Corea, y sea esa la "cruzada espiritual" que habían ofrecido y lo cual no debiera causarnos sorpresa, que ya el Japón hizo también la suya, su "Santa Cruzada" para "salvar la cultura del mundo del bolcheviquismo"). Y la cruzada propuesta debía ser para

pedir una vez más a los hombres que retornen a la iglesia, pero, ¿retornarán con eso? Con exhortarlos a que se amen unos a otros, ¿se amarán hasta renunciar a las riñas? Con aconsejar resignación, ¿se convencerá al rico de que no debe explotar al pobre? Con la amenaza de la excomunión *Urbi et orbi* y la vuelta a los tiempos oscurantistas, ¿se habrá mejorado el mundo? ¿No son éstas las mismas armas —el magister dixit— que se han gastado siempre, desacreditadas ya? ¿Por qué esperar que hoy den mejor resultado que ayer, y siendo cada vez el mundo más mundano y belicoso? No, señores religiosos. Mas conviene admitir que los predicadores, esto es, los que dicen y no hacen, deben quedar radicalmente proscritos. Es craso error creer que un conocimiento se puede aprender bien con sólo la teoría, sin práctica alguna, como si alguien pudiera aprender a ser médico, o abogado, o bien sastre, o siquiera nadar, sin hospitales, ni tribunales de justicia, ni talleres, ni agua. En la escuela de párvulos, el maestro enseña las letras dibujándolas en la pizarra y haciendo que los niños las dibujen también. Sólo aquellos creen que la práctica sale sobrando y que basta con decir: “Señor, Señor”, para ganarse el Reino de los Cielos, por querer desoír aquellas luminosas palabras: “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?” Máxime si tomamos en cuenta que casi todos los hombres de nuestros días —sean negros o blancos— pertenecen a la clase de los que se afiliaron al partido político de Hitler, partido que estuvo basado —y estará siempre— no sobre filosofías económicas o sociales, sino en el odio, la venganza, los egoísmos, y en aquellas ideas, en fin, clasificadas como paranoicas. De hombres así, ¿cómo esperar hacer algo ideal con el puro uso de sermones o simples amonestaciones? Pues es bien sabido, en efecto, que estos paranoicos, y psicopáticos, neuróticos y alcohólicos que son los que hacen el noventa y nueve por ciento de nuestra población “civilizada”, se caracterizan precisamente por su bajo nivel de conciencia, de donde resultan incapaces para sentir remordimiento, y con mayor razón para adquirir pautas morales. Con sermones podrán ser convencidos solamente una clase de hombres: los normales, o sea aquel uno por ciento que no

cuenta ni pesa en la actuación del mundo, los que no son dueños ni de sus propios votos en las campañas electorales. Pueblos sencillos por ignorantes, buenos por carecer de ambiciones, capaces de guiarse sólo por la fe, la fe tanto en las pocas cosas que ven como en las muchas que no ven, y que por ser conscientes de su ignorancia no presumen. Pueblos que respetan y acatan la palabra del pastor como si fuese “la palabra de Dios”, como una verdad axiomática, para salir hablando después por boca de ganso. Pueblos, en fin, de la misma madera que aquellos que podían vivir satisfechos con pan y circo solamente. Pero no los otros, o sea aquella abrumadora mayoría, los que, a su mayor “evolución” manifestada por su mayor desarrollo cerebral y su eterna duda, cuando no por su práctico escepticismo que los lleva a investigar directamente la verdad de todas las cosas a la sola luz de su razón —de su razón psiquiátrica, como suele llamarse a la razón desquiciada por los conflictos internos, conflictos basados precisamente en el despertar del sentido íntimo de culpabilidad— para creer en algo, unen una ambición desmedida; todavía ayer esta mayoría prefería el pan a la libertad; ahora prefieren la libertad al pan, pero, se entiende, siempre que sean ellos los que impongan esa libertad. Estos sí que jamás serán convencidos ni siquiera persuadidos con simples palabras, aunque éstas pudieran adquirir resonancia de trueno dentro de las iglesias, tanto más que ellos mismos ya pasaron por esa fe religiosa, hasta experimentar la decepción que acusan y que aún no han olvidado, que es lo que les hizo sustituir el sentimiento religioso por su actual ideologismo extremado. Será pérdida de tiempo y de todo pretender reingresarlos a ella, toda vez que la fe sólo una vez se pierde. Y si a esta añadimos que entre los mismos religiosos o ministros del Señor figuran muchos que pertenecen a esa mayoría, conservando la duda en algunos si no en todos los aspectos de su fe —ambiciosos, presumidos y jactanciosos—, la consecución de aquel objetivo se dificulta aún más.

“Es que las religiones desprovistas de su parte mística o armazón, se reducen a meras interpretaciones objetivas de Dios; y así como no es posible que los ojos de to-

dos los hombres vean la misma belleza en todas las formas físicas, así la conciencia espiritual, que varía en cada persona, no puede aceptar una misma experiencia como igualmente sagrada y universalmente divina en todos, pues la religión es una experiencia íntima y personal, vale decir individual, de acuerdo con las convicciones del propio yo y las ideas preconcebidas, en contraposición a toda unidad religiosa que se pretende. Por eso, una religión dada no une a sus feligreses más que por la experiencia en sí misma, y no, lo que sería mucho más eficaz, por la interpretación colectiva que de esa experiencia hicieran aquéllos. De aquí que la religión sola es impotente para dar un verdadero fondo moral, una conciencia sólida e incorruptible, incapaz de claudicaciones, como para morir por su ideal religioso, su fe o su credo. Tal es la triste conclusión y el triste fin de nuestras religiones que por su carácter resultan forzosamente materialistas, como todo lo del mundo; materialismo que llegó hasta invadir al cielo: ya no sólo Jesús había ascendido en cuerpo y alma al Reino de Dios, ahora se quiere hacer subir también en igual forma a María Santísima, para continuar en el más allá la labor complicadora o embrolladora de nuestros filósofos y vanguardistas en su afán de bajar el cielo a la altura de sus pies. Ya pronto, pues, el cielo cristiano no se diferenciará del Paraíso de Mahoma o del Walhalla germánico o de cualquier otro empíreo del paganismo, que ya hasta se oyen crujir sus cimientos bajo el agobio de tanto peso. Absurdo será entonces esperar que con tales religiones sea detenida la tendencia caótica del mundo. Viene a ser exactamente igual que creer que el inminente caos político y económico de las naciones será sorteado por medio del socialismo, o que el comunismo será dominado con aquellos medios que ya discutimos, pese a que estos medios tienen la ventaja de su claridad por carecer de dogmas. Muy distinto fuera si se diese prácticamente, y prácticamente se aprendiera, la armazón o parte mística del cristianismo, porque entonces habremos construido sólidamente, y lo cual podemos asegurar porque, a la acción estimulante que sobre la curiosidad ejercen las cosas nuevas, atrayendo a los hombres hacia ellas, se agrega el que tal armazón se

ajusta bien a su mecánica cerebral por ser esencialmente racional. Debemos renunciar, pues, y antes que sea demasiado tarde, a esta actual que es la religión de los Cruzados —la Biblia en una mano y la espada del anatema en la otra—, y retomar la de los Apóstoles, resucitando las pruebas que se imponían a las catecúmenos. Porque no son dogmas lo que necesitamos, sino conciencia; no son ministros, sino Maestros; no prójimos, sino hermanos. El mundo de hoy exige pruebas, y debe dársele todas, sin reservas ni reticencias. Como primer paso, debemos racionalizar el cristianismo por medio de una justa y verdadera interpretación de la Biblia, a fin de restablecer su tradición, su moral y su política, con la aplicación de las leyes y principios básicos de su fondo místico, los que, repetimos, deberán ser dados prácticamente: probados, aplicados y demostrados por cada neófito, como cualquier otro conocimiento, y pueda la fe ser llevada a su lugar. Debemos volver a la filosofía de los primeros tiempos del cristianismo, los que estima la esencia sin subestimar la existencia, porque ésta por aquélla es, pero aquélla sin ésta no ganaría actualización ni superación alguna. Y comprender, por último, que la Biblia o Nuevo Testamento no es un libro de oraciones, sino de pautas morales; no es para vivirlo repasando en las iglesias o para tenerla bajo llave, sino para vivirlo prácticamente en todos los actos de la vida. Que nuestros sacerdotes y ministros (aquellos que no hayar hecho estudios de esta clase, porque hay entre ellos algunos que sí lo han hecho) cesen de creer que no puede haber religión sin dogmas, y dejen de insistir en un cristianismo reducido a oraciones y ofrendas de flores y monedas, o “de flores y arroz” como en el Shintoísmo; en una religión de carácter dualista o amaniqueísta, en la parte que corresponde al temor que separa y engendra los fanatismos y las supersticiones que son el opio y retraso de los pueblos; y se adapten al mundo tal como es, despertando a la realidad antes que ese mundo haya terminado de olvidar a esa religión y a ellos mismos. Y así como suelen ponerse señales en los caminos para advertir las curvas y los pasos peligrosos al automovilista, de modo análogo se coloquen en cada esquina y por doquiera

anuncios y avisos que indiquen dónde podrán los hombres encontrar y recibir estas místicas enseñanzas. Y en ningún caso deberá esta vulgarización hacer temer a aquellos ministros que por eso habrán de ser ellos mismos relegados al olvido, siendo que, de tomar ellos la iniciativa, más bien quedarían como maestros o pastores de verdad. Tal olvido sólo podría ocurrir en caso contrario, es decir, de quedarse ellos sin el consejo; pero deberán observar que ser olvidados en estas circunstancias será cien veces preferible a serlo cuando el mundo, que rueda en la pendiente como un alud, haya llegado al plan. Porque en aquellas benditas circunstancias, los hombres habrán comprendido que creer en Dios no consiste en rodearse de estampas y de cruces, ni en pasarse leyendo el Evangelio entre melodiosos cánticos, como no basta llevarse el distintivo del Rotarismo para ser Rotario; sino en cumplir con los mandamientos y llenarse de amor. Que creer en Dios no es un acto pasivo y rutinario, ni siquiera un ejercicio de intelectualidad o de percepción mental, sino que es un acto de conducta con respecto al prójimo. Porque "No todo el que me dice: Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre".

"Sólo entonces se crearía la confianza en los adeptos, cimienta de la verdadera fe, que es la fe razonada, y la religión será ahora exclusivamente de amor, amor que acerca y une a todos con lazo de paz y armonía; pues habremos aprendido que el agravio hecho a otro de pensamiento o de palabra no es agravio para el otro, sino para el mismo que tuvo tal intención de agraviar; que los malos deseos no se cumplen en el ser odiado, sino en el mismo que odia, alcanzando el ideal de padecer y sufrir nosotros mismos antes que hacer sufrir a los demás, y adquiriendo juntamente la convicción de que el cielo no está en la región de las nubes, ni en el plano de las estrellas ni más arriba, sino en el interior de nuestra propia conciencia. Que la felicidad que ansiamos no la encontraremos jamás fuera de nosotros; ni tampoco nadie, ni Dios, nos la podrá dar, si antes no nos hemos hecho dignos o merecedores de ella y, por consiguiente, de Dios. Colocados en este plano, y puestos firmes en esta senda, es cuando podremos evo-

lucionar propiamente, para alcanzar finalmente aquella imitación de Cristo que estamos viendo cada día más lejana. Así es como triunfarán, y sólo así, los ideales del Rotarismo o del Leonismo, de las cámaras Juniors, y hasta los de la fiesta del Arbol (que, no obstante, habrán de salir sobrando con el triunfo del cristianismo); así será detenido, y sólo así, el curso descendente de la mísera humanidad que casi se ha anulado espiritualmente, convenidos como estamos de que no es un proceso de la naturaleza, como afirman, el desarrollo espiritual de los hombres, a menos que con ésta se quiera aludir a la esencia cósmica. Y sólo así podremos renovar la esperanza de que nuestros hijos heredarán un mundo mejor, un mundo rico de valores en el cual sea realidad la unidad y la paz que nosotros no hemos podido lograr.”

En la pausa que siguió, yo me le quedé mirando y, contra todo mi pesar, tuve que confesarme convencido: sus pruebas eran concluyentes. Luego miré en torno, y ¡cosa extraña!, comprobé que la vida y el mundo todo permanecían invariables, igual que siempre, como si esta religión siguiese siendo eficaz o yo siguiese creyendo en su eficacia. Y esto acabó de eliminar cualquier duda que aún pudiera abrigar, porque con religión o sin ella, el mundo continuaba lo mismo, y yo también; pues no había habido ningún desbarajuste, ninguna conmoción o peste, ni la menor sombra de caos o de terremoto. Pero ¿qué digo? Si en eso hemos estado viviendo: en ese desbarajuste, en esa conmoción, enfermedades y caos, desde que yo tengo memoria. Y más antes había dicho Darío:

“Cristo va por las calles, flaco y enclenque,  
Barrabás tiene esclavos y charreteras”.

Al presidente, pues, le sobraba razón, haciéndome en tal momento decidirme por la fuente de verdad que él había recomendado con tanto énfasis, cada vez más cerciorado de que su receta sí daría resultado. Y ahora, como si el simple reconocimiento de estos hechos hubiese sido suficiente para diluir las nieblas que sin saberlo me habían rodeado hasta aquí y limitado mis facultades, empecé a dar-

me cuenta de otra cosa, y era que su estatura (no la del cuerpo, que continuaba apenas sobrepujando a la de la mesa, sino la interior) se le había ido creciendo o agregándosele codos unos sobre otros hasta venir a ocupar ahora todo el espacio que mediaba entre la azotea y las estrellas que rutilaban en las alturas, en tanto que miraba mis 180 centímetros vueltos milímetros, como si con todo y silla me hubiese ido empotrando en la tierra. Con profundo sentimiento, pasé la mirada por todos los demás caballeros y ver si ellos habían también notado mi reducción dimensional, y se estuviesen riendo. Pero a todos los hallé serios y graves, como si no fuese cierto lo de la reducción. ¿O sería que ellos no paraban mientes en pequeñeces?... Tuve entonces la impresión de ocupar un punto blanco en el infinito, cortadas las relaciones con la materia y viéndome frente a frente con la eternidad misma. No es sino hasta ahora, al anotar estas memorias, que comprendo por qué me había creído hallar frente a la eternidad cuando estaba allí sentado, si aquel hombrecito representaba todo un milenio y toda una Raza hasta entonces sepultada en el "lodo que su sangre había amasado con el polvo de los caminos". Encarnaba toda una tradición, y además, valiendo más que todo eso, la interpretación esotérica de dos Biblias...

Por eso, el tiempo ya no contó para mí, ni sus palabras siguieron siendo palabras, sino como el susurro armonioso de las esferas celestes, cuando fué a continuar:

—Y para apresurar el tiempo de aquella buena cosecha, daremos un paso más: el último. Se sabe que la Unión Panamericana concede anualmente un premio al hispanoamericano que se haya distinguido por sus afanes en pro de la conservación de los recursos naturales, o sea de la tierra, pero, como siempre, dejando de lado, sin premios ni citaciones, los esfuerzos que tiendan a conservar o a fomentar los valores morales, vació éste que nosotros habremos de llenar también por lo que toca a nuestro pueblo. Porque el hombre, una vez avanzado en su evolución y adquirido conciencia de sí mismo, ya no necesita de leyes, galardones ni castigos para hacerle cumplir con su deber de amar al prójimo como a sí mismo; que la verdadera

bondad no reclama recompensa, ni siquiera la espera: brota sola a impulsos del corazón como el agua de la roca, como la luz de las estrellas, como el perfume de las flores, pues "la recompensa de toda buena acción es haberla practicado". Levantemos la mirada al cielo, en una noche clara, y contemplemos una vez más a esas miriadas de estrellas y planetas que en distintos sistemas ruedan en el infinito en tal armonía y en tan admirable orden que se dijera que constituyen todos un solo cuerpo o una sola unidad. Pero ¿qué ocurriría si de pronto todas esas criaturas celestes perdieran de vista a las demás, despertaran al egoísmo y tomaran a su antojo nuevos rumbos de acuerdo con sus caprichos? ¿No sería la autodestrucción de todas? Pues bien, esa ley de equilibrio que rige en el macrocosmo rige igualmente en el hombre o microcosmo. Y todo el secreto de la felicidad humana no está sino en el sometimiento voluntario y consciente a esa ley universal. Pero, mientras alcanza aquel grado de evolución para realizar este sometimiento; mientras se da cuenta que el espíritu de Libertad es el espíritu de anhelar su propia evolución y progreso por medio del estudio y la meditación; que el espíritu de Libertad es el espíritu de poner al servicio de los demás sus ciencias y sus artes; que el espíritu de Libertad es el espíritu del sacrificio propio y espontáneo en pro del bienestar del prójimo, no es posible concederle al hombre una libertad irrestricta: será necesario llevarlo de la mano y abrumarlo de voces que lo alienten y estimulen a entrar por la puerta estrecha y proseguir en el angosto camino del bien, debiendo ser a cada paso convencido, en el mismo campo de sus realidades, que compensa y paga mejor hacer el bien que el mal. Es verdad que tenemos leyes y códigos como en todas partes, pero por ser todos ellos de carácter punitivo, cobran existencia sólo en las transgresiones del bien para tratar inútilmente de curar, de modo que mientras no se comete el mal la ley no se siente, a más de que tampoco se siente aun cometiendo aquella clase de delitos que llaman privados a los que la ley no alcanza con todo y ser delitos, principio de los verdaderos crímenes. Porque ciertamente no es por medio de supresiones y represiones que

pueden eliminarse los crímenes y los vicios, dado que el materialismo no cura nada; sino que el buen fin se alcanza por esfuerzos encaminados a dirigir la actividad mental hacia un plano superior y mantenerlo allí por todos los medios. Pues la experiencia enseña que no basta con que él sepa que hay otra vida después de esta en que se premia a los buenos y se castiga a los malos, si al presente, en su costumbre de no ver más que lo de afuera y de esto sólo la acción inicial, se atiende únicamente a lo que ve aquí mismo, olvidándose de lo demás, sobre todo cuando cree descubrir cierto grado de injusticia en el mundo en el que a veces parece que los pícaros son los que ganan los más altos o mejor remunerados puestos, sin reparar en la vida interior del "triunfante", que es su verdadera vida, ni en su final y correspondiente castigo que nunca deja de recibir, pues en última instancia es la conciencia la que se encarga de ello apremiándolo o constriéndolo hasta llevarlo, de reincidir, a las psicosis, a las neurosis, y hasta a la locura y el suicidio. Pero no viendo más que lo de afuera, todo esto ignora, y necesario será mostrarle objetivamente que también, entre los mortales las acciones buenas nunca dejan de rendir provecho, y convencerle de que como es arriba es abajo. Para esto vamos a crear, al lado de aquel cuerpo de leyes que podríamos llamar negativo, otro cuerpo de naturaleza positiva cuya finalidad será premiar o encomiar públicamente las buenas obras, pensamientos e intenciones del hombre, o sea aquellos que puedan servir de directriz tanto para sus propios actos como para los de su prójimo, apartándolo así de toda idea de transgresión. En cada departamento se organizarán centrales o "Cortes de Fomento del Bien", con filiales o ramificaciones hasta en la última aldea de su jurisdicción, provistas de medios propios de investigación y publicidad; cortes que gozarán de semiautonomía y dirigidas por hombres honorables y de buena voluntad, los que serán nombrados de común acuerdo por la Corte Suprema de Justicia y la Universidad, y cuya misión será llevar un registro discreto e inteligente de todos los que habiten su zona, con facultad para hacer la selección y entrega de diplomas y medallas a los que por sus buenas obras se hayan

hecho merecedores, y menciones de honor para los dueños de pensamientos nobles o generosos, llevando al mismo tiempo y siempre en privado, un punteo de aquellas faltas que siempre escaparon a la ley (mentiras, hipocresía, promesas vanas, pereza, omisiones y descuidos), las que al llegar a cierto porcentaje en un individuo dado se le conducirá a una escuela especial de psicodiagnosís y adaptación para llevarlo pronto a la normalidad antes que empiece a delinquir, si es ciudadano del país o extranjero residente (la ley no hará discriminación en ningún caso entre nacionales y extranjeros residentes), o bien para pedirse la cancelación de su estada en el país si es turista. No se nos oculta que tales cortes difícilmente podrán llenar su cometido con la perfección que fuera de desearse. Pero las actuales cortes penales ¿llenan con perfección el suyo? ¿Qué cosa hay perfecto en el hombre? Actualmente, ni en el bien ni en el mal es perfecto. Cuando logre serlo en uno de estos términos, habrá negado radicalmente al otro término opuesto al suyo. Por eso, en el mal jamás será perfecto el hombre, como tampoco existe el mal absoluto.

Quedó un instante pensativo, con la barba apoyada en el hueco de la mano. Yo sentí entonces una oleada de frío que me caló hasta los huesos. Y me pregunté cómo se sentirá él, cuyas piernas las tiene apenas cubiertas con medias de algodón. Pronto reanudó su charla.

—La otra mitad de los recursos nacionales —dijo— serán empleados en obras que concurren al logro del desarrollo armónico e integral de los recursos naturales de la tierra a objeto de, aumentados y mejorados sus productos, sobrealimentar al pueblo hasta llevarlo al estado de hombres fisiológicamente normales, cumpliendo así con el viejo adagio de: “A Dios rogando y con el mazo dando”, y lo cual, de paso, servirá de puntal en el mantenimiento de las buenas costumbres; pues el hambre, y las depresiones conómicas en general con sus problemas de finanzas, monopolizan en tal grado la mente de los hombres que les hace indiferentes a la suerte y conducta de los demás. En este terreno habrá también mucho que hacer, pues, como sabemos, nuestra producción económica ha per-

manecido incipiente y reducida a la mínima expresión, debido no sólo al agotamiento del suelo y a las frecuentes incursiones de langostas (y, últimamente, de ratas y hasta ronrones), ni al éxodo creciente de los campesinos hacia la capital con la razón que les asiste, sino y principalmente al hecho de haber en el terruño vencidos y vencedores, siendo la "clase vencida o despreciada" precisamente ésta de los campesinos, labradores o laborantes cuyo rendimiento en el trabajo debía necesariamente ser nulo o poco menos al tener que vivir y trabajar hambrientos —¿cómo llevar piernas sin tripas?— pero hartos de enfermedades y vicios, sin seguridad en el presente y sin confianza en el porvenir, haciendo de rechazo primitiva hasta la vida de los mismos amos, quienes todavía emplean el artefacto europeo de cuatro siglos atrás: machetes, cumas y azadones. Y si tal puede decirse de los ricos, cuánto más de los pequeños terratenientes que sin auxilio ninguno apenas si producen para su propio consumo. Y si a esto agregamos, inclusive como causa, la crisis moral de esta época de concupiscencia que hacía a los dirigentes o patrones preferir la botella de whisky o de ron a un buen tratado de agricultura; a preferir esperar a que el gobierno lo hiciera todo mientras ellos no hacían nada; a explotar nuestras desmirriadas fuerzas en vez de la tierra; a preferir, en fin, obtener riqueza fácil por este medio hasta para darse el lujo de una moneda de igual valor que el dólar, sin importarles el odio que al mismo tiempo y en cantidad mayor obtenían juntamente, debía resultar lógica la falta de un impulso capaz de intensificar la producción económica; pues la población se comportaba como una masa amorfa, sin verdadera nacionalidad en ningún sentido (no había cohesión ni identidad entre sus componentes, ni había ideales ni nada), viviendo en cambio en constante desacuerdo y tirando cada uno por su lado cuando faltaba el chicote del dictador, y cuando lo había también, para formarse aquí otro cortocircuito, que si "donde no hay harina todo es mohina", también donde todo es mohina no hay harina. Y no habiendo sinergia no podía haber ningún progreso, porque "la casa debe estar en orden antes que el país pueda estar en paz". He aquí

la razón por qué nuestra patria no ha logrado salir aún de la Edad que en la Historia se conoce como Media, permaneciendo sumergida en la primera etapa de la civilización a que ya hicimos referencia, en la que el factor determinante es, en lo material, el económico, y en lo moral el enredo y la intriga y los localismos propios de los harems y serrallos de los califas y sultanes. Y ¿cómo no, si no había educación? Esto es, de aquella educación que por reunir cualidades de refinamiento y esplendor, crea o forja el ambiente de los hombres racionales u hombres-duales: un mundo propicio al florecimiento de las grandes personalidades y los ingenios deslumbrantes. Por el contrario, cuando carece de atributos semejantes y más bien es vulgar, movida por principios bastardos y en pos de intereses mezquinos, da engendro a las sociedades impotentes, rastreras y venenosas, y que a pesar de todo siguen llamándose sociedades. Porque no es el vientre de la madre el que hace al hombre, como tampoco lo es todo la herencia: importa más el sistema educativo empleado con el niño, tanto en la escuela como en el hogar, tanto por el maestro como por los padres, más las influencia de los sirvientes y los amiguitos, los condiscípulos, los vecinos, las revistas, libros o periódicos que lea, el cine, el teatro y todos los contactos que directa o indirectamente pueda hacer con sus semejantes no sólo de niño, sino también de adulto y finalmente de anciano, pues que la educación del hombre dura lo que su vida; mas sin olvidar que la base está en la infancia y la adolescencia, que es la fase de la crisálida en el hombre: la salida de la adolescencia es la rotura del capullo. Allí la mariposa está hecha. En adelante podrá perder colores y hasta adquirir pigmentos nuevos en los cálices de mil y una flores: podrá pulirse o vulgarizarse, pero difícilmente perderá sus cualidades fundamentales, sean buenas o malas. Pero ocurriría que eran de estas últimas las cualidades que imperaban, porque los sistemas educativos eran incompletos por materialistas, obteniéndose por tanto aquellos hombres rastreros y serviles, sin respeto ni para el derecho ajeno ni para las vocaciones, porque éstas morían antes de madurar, y cuya

necesaria consecuencia era aquel vacío de hombres grandes y amadores de la humanidad, vacío que no servía sino para profundizar y prolongar aquel estado desastroso que querían llamar educacional, porque, habida cuenta que siempre ha sido necesario que los grandes puestos permanezcan ocupados, se inventaban esos hombres de que se carecía, aunque desde luego siempre usándose el criterio hollywoodista de la época, con lo cual trataban de demostrar la superioridad de su sistema, sin reparar en el enorme daño que hacían a las generaciones futuras, y dando la razón al dicho de que la educación tenía antes por vicio lo que ahora tiene por costumbre.

“Nuestro gobierno hará todo lo que esté a su alcance porque la educación, que etimológicamente significa conducir hacia afuera algo existente en la profundidad (lo que explica por qué toda gente educada es sincera) vuelva por sus fueros y sea el proceso de humanizar al hombre, acercándolo a Dios y haciéndole olvidar la enorme distancia que aparentemente separa al cielo de la tierra. Conseguido tal fin, volveremos a poblar el mundo de hombres preclaros, demostrándose así que es obra de los mortales la superación del mundo, de los que sólo depende vivir en un Renacimiento eterno o en una eterna decadencia, según que se rija conforme a su conciencia o no. Los que creen que no hace falta conciencia son los que tratan de combatir el comunismo con sólo mejorar los medios económicos o emolumentos de los hombres, como si el dinero bastase para que una familia adquiriera ideales; o los que avaloran la hipocresía más que la sinceridad; a los que creen, por último, que bastará crear un mecanismo internacional de justicia para garantizar los Derechos Humanos. Tal criterio es el que ha hecho fracasar a los métodos de educación, fracaso que a su vez ha conducido a creer que todo es materia, que el hombre no tiene otra razón que la cultivada en las escuelas materialistas, olvidando que si el hombre no ha podido ser educado idealmente no es por culpa suya, sino por los errores de aquellos métodos. La escuela cumplirá con su misión cuando lo sea también para el espíritu, para la evolución del alma, que es lo esencial en todos los hombres, enriqueciendo a éstos

con las más excelentes virtudes, incluso el amor a lo bello y el entusiasmo por la verdad, capacitándolo finalmente para defender al prójimo y a esas mismas virtudes, y defender por consiguiente a la tierra misma, la cual, de paso sea dicho, no debiera seguir siendo considerada como madre de los hombres ni en poesía, sino como hermana, o hermana mayor nuestra; que la naturaleza física del hombre dista tanto del barro bíblico como el cerebro humano del cerebro electrónico, a más de que aquella vieja expresión podría dar a entender que la tierra intervino activamente, como si dijéramos con su inteligencia, en la formación o creación del hombre, lo que no es cierto. Este modo de decir pone de manifiesto nuestra terrible tendencia materialista, la que no hemos podido dominar ni en 2.000 años, todo lo contrario, que el materialismo actual parece mayor que el de las tribus Mayas ya extinguidas, las que nunca dijeron Madre-Maíz, así como no se sabe que las de Banyu Ruanda hayan dicho alguna vez Madre-Vaca. Y el error es aún más visible si aplicamos lo que decimos a un mueble cualquiera, como por ejemplo una mesa, que con todo y que su madera viene del árbol, no puede ser considerada ni llamada hija del árbol, ni el árbol padre de la mesa. Y no vale decir que aquella expresión se refiere al hecho de que al morir el hombre vuelve a la tierra, porque éste también es un credo falso, salvo para los que nieguen la parte espiritual del hombre. Debemos, pues, cancelar ese dualismo de Madre-Tierra y Padre-Dios, porque ya no hay razón, para quedarnos sólo con este último término: Dios.

Se detuvo un momento, aparentemente buscando el hilo de su discurso que esta interesante digresión había casi cortado. Debo decir que no me impresionó esto de hermana tierra en vez de madre tierra, aunque me parece preferible dejar a la tierra fuera de la familia por completo, dado que ella no debiera ser un factor tan decisivo en nuestra evolución espiritual. Pero si así opinaba él, que a mi pobre juicio sólo verdades había dicho hasta aquí, razón debía tener, y, por mi parte, debía de respetar y tal vez hasta aceptar tan autorizada opinión.

Pero, habiendo retomado el hilo, ya él decía:

—Lograda, pues, ahora aquella cohesión e identidad antes ausente en la mayor parte de la ciudadanía, seguros estamos de poder coordinar los esfuerzos y la colaboración de todos por la paz y el bienestar de todos, enseñando oportunamente el amor a la tierra, amor que resulta tan fácil después que es el suelo, no ya el hombre, la materia de explotación, y cuando se ama ya a los hombres y se ama a Dios; porque después que se ama a Dios y se ama a los hombres es que se ama al árbol y se ama a los animales, y a los pájaros, y a las flores y a toda criatura viviente...

“La rehabilitación agraria ha de ser nuestro primer paso, enriqueciendo el suelo por irrigaciones y fertilizantes apropiados que deberán ser naturales y no químicos, con aplicación de los medios científicos a los cultivos y sirviéndonos además de las influencias astrales a objeto de obtener mayor producción y mejor calidad; pues si dos y medio acres, o sea diez kilómetros cuadrados de tierra se necesitan para alimentar a una persona durante un año, siendo de varios millones la población de Guatemala, significa que harían falta muchos millones más de kilómetros cuadrados; y como el país sólo tiene 110 mil de éstos, quiere decir que habrá que aumentar en 40 veces la producción actual de cada acre, debiéndose para ello ampliar las áreas de labranza y encargarse a la Universidad todo lo concerniente al estudio científico del terreno y sus propiedades físicas, químicas y microbiológicas para la determinación de los abonos adecuados y la erradicación simultánea de parásitos perjudiciales, al par que se practicará de verdad la reforestación de los bosques y se protegerá eficazmente la fauna y flora nacionales, y se fundarán cajas de préstamos y cooperativas agrícolas de producción y consumo, facilitándose, por último, la adquisición de tierras por parte de ellos para ponerse en práctica la máxima de Sun Yat Sen: “Quien labra la tierra debe llegar a poseerla”, si bien por métodos evolutivos y pacíficos.

“Al mismo tiempo se creará en los colegios superiores la cátedra de Agronomía, con aplicación en el terreno de los conocimientos que en ella se den, práctica que se es-

pecializará en relación a la zona correspondiente, a más del estudio también experimental de aquellas influencias astrales mencionadas ya y cuyo conocimiento nos acerca tanto a Dios. Véase, pues, que es del todo innecesario y hasta contraproducente, la existencia de una Facultad más encargada de dar especialmente tales enseñanzas, como así supusieron los de aquellos tiempos de inflación universal, porque este conocimiento no debe ser exclusivamente de unos pocos privilegiados, los pocos que puedan adquirir el título de doctor, sino que debe vulgarizarse lo más posible y darse sin discriminación al pueblo, a la masa que no conoce de lujos ni privilegios y que es la que derrama, junto con la semilla, su sudor en el surco.

“Simultáneamente se desarrollarán al máximo la explotación pecuaria y la de los recursos minerales, y se perfeccionarán los medios de comunicación construyéndose al efecto verdaderas carreteras de existencia permanente en vez de los tortuosos caminitos actuales que, por su abandono, apenas si sirven en el verano; abandono que ya hasta parecía intencional, como obedeciendo al deseo de estorbar el tránsito de un polo a otro; y estableciéndose, finalmente, nuevas redes ferroviarias a objeto de dar salida hasta al último garbanzo de la última huerta, y salida digna, esto es, sobre ruedas, y no más sobre las miserables espaldas de nosotros. Y con el logro de todo esto aseguraremos la paz, la libertad y la dignidad de nuestros hijos, como corresponde en una sociedad cristiana. Pero, entiéndase bien: queremos producir y debemos producir para satisfacer en primer término las necesidades del pueblo nuestro, y hasta después las de otros pueblos, y no al revés como hacían los ladinos, que exportaban más de lo que podían ser importarles que el pueblo todo siquiera eternamente famélico, porque lo que trataban era de adquirir divisas extranjeras pese a quien pesare —¿y a quién iba a pesar sino a nosotros?—, en su ciego afán de mantener saludable a su moneda de oro, o mandando a veces dichos productos de regalo, ya a los desplazados de Europa cuando nosotros éramos peor que desplazados, ya a los niños del Japón o del Medio Oriente (era en tiempos en que la miseria mundial iba en aumento), en tanto nuestros hijos...

¡No! Esto no debe verse más. Si nosotros mismos no nos damos lo que necesitamos, ¿quién nos lo va a dar? No se nos tome, pues, por egoístas o duros de corazón, pero es que la caridad debe empezar por casa. Tan hombres o tan niños son los de nuestro pueblo como cualesquiera de los otros. Entonces, ¿por qué tal preferencia? ¿Eran aquéllos más vecinos suyos que nosotros? ¿O acaso había otro pueblo que nos daba lo que ellos nos quitaban para darlo a otros? Y ¿cómo llamar a eso de buscar la fraternidad con otras naciones, como si dijéramos con los de puertas afuera, en tanto que la niegan y hacen mofa de ella en casa? “O todos hijos o todos entenados”. Y no olvidemos que las madrastras, según La Bruyere, “son las que pueblan la tierra de mendigos, de vagabundos, de criados y de esclavos, más todavía que la pobreza”. Y estamos seguros que nos darán la razón hasta aquellos mismos desplazados de guerra y sus propios hijos, ¿verdad?” (Y, como hablando consigo mismo, en triste monólogo, añadió): ¡“Oh ladinos, “candiles de la calle y oscuridad de su casa”. Podían descollar en Chapultepec, en Bogotá, en La Habana, en Palestina y hasta en Eritrea, pero eran lóbregos, y peor que lóbregos, en su casa!...

Pero yo me había quedado pensando en lo que había dicho con relación a las influencias astrales, lo cual me había impresionado en cierto modo. Y, cuando ví que se disponía a continuar, le pregunté qué debía entender con eso, y si tal cosa significaba que iban ahora a resucitar los viejos usos de la Astrología. El respondió con mayor viveza:

—Resucitarlos no, si no han muerto nunca, por lo menos para algunos de nosotros que los hemos practicado siempre. La sola diferencia tal vez consista en que antes los practicábamos en privado y en adelante será con toda la publicidad que tal arte se merece, dando oficialmente y cada vez que se requieran los datos necesarios para la obtención de la mejor producción, como se darán públicamente también los acontecimientos de mistecismo que hasta aquí se han dado en secreto, debiéndose entender por esta palabra (misticismo) el intercurso o relación ex-

perimental entre lo divino y lo humano, entre el alma y la última realidad.

Nuevamente le pregunté, pero con más timidez que otra cosa:

—Y ¿qué ocurriría si hubiese quien se opusiera a seguir voluntariamente esos consejos, por no creer en ellos?

—Que él sería el más perdido —repuso. Y agregó: — Pero ya todos quedarán convencidos cuando esta verdad haya logrado penetrar en el espeso nublado de su escepticismo o positivismo, y, abriendo los ojos, miren. Se darán cuenta entonces que la influencia de los astros sobre los seres vivos y sobre la tierra toda, incluso sobre la ionización de la atmósfera, está más que demostrada; élla actúa desde en la Morea Iridoides, del Africa del Sur, que el Prof. Dunlap encontró que florece de acuerdo con las fases de la luna, hasta en la Atlántida, cuyo hundimiento y desaparición se debió al haberse acercado aún más a nuestro planeta dicho satélite. Y sin ir tan lejos, ¿no demostraron los científicos que este último fué también la causa del terremoto de Seattle de 1946? Y sin duda que no ha de ser más difícil para él producir un leve cambio en el hombre que un terremoto en el planeta. Por otra parte, suponer lo contrario, o sea que puedan la luna y los astros influir sobre los animales y las plantas y el planeta mismo y no sobre el hombre, es tan ridículo como creerse dios; es como creer que haya algo capaz de alterar la continuidad de la cáscara del huevo sin ejercer ninguna acción sobre el pollo. Pero, dichosamente, ya el convencimiento ha empezado por los mismos hombres de ciencia, al haber descubierto la influencia de las estaciones en la mayor o mejor concepción de todos los seres, incluso de los humanos; así como las estadísticas del hospital Roanoke han demostrado el efecto de la luna en los nacimientos. A más de esto, se ha encontrado que, en condiciones de vida normales, el hombre sufre cambios periódicos, que nos recuerdan las mareas, en su medio hormonal o endocrino, que es el eje biológico de su organismo. Y todo ello es natural que así sea, si hemos visto que las mismas leyes que rigen nebulosas que están a millones de años de luz de nosotros, influyen también en la

existencia del hombre. Pero el carácter de esta charla no nos permite tratar el tema hasta agotarlo. Ciertamente es —añadió después de un respiro— que las supersticiones que siguieron al Renacimiento hicieron caer a la Astrología en el descrédito, como hicieron con todo lo bueno que había entonces, el día que cesaron de mirar a las alturas para fijar los ojos en el piso y rastrear al vil metal; pero esto no puede ser culpa suya, sino de tales supersticiones. Así, por lo que respecta a los cambios fisiológicos en el hombre, éstos pretendieron abusivamente dar a la razón de tales cambios significados que no tienen, y creer que esta influencia se ejerce de modo distinto en cada hombre, llegando hasta escribir horóscopos personales, talismanes y demás sandeces como éstas, siendo que esta influencia es universal; pues lo que cambia, y por voluntad humana, son las condiciones del medio que hacen al hombre más o menos sensible y más o menos consciente de dichas influencias. Desde luego, no queremos decir que la Astrología es una ciencia, o que haya alcanzado ya la perfección. Pero ¿acaso nuestra moderna Astronomía, que está basada en aquélla, es perfecta? Pero fué norma de los hombres ir tirando de cimientos, como decir las escaleras, a medida que fué creyéndose más evolucionado. Vimos cómo tiraron a la religión (aunque de esto no podrá inculparse a las ovejas), la Filosofía, y más antes ya habían tirado la Alquimia —la experimentación de las leyes y principios universales de vibración—, base de la Química moderna, y todas aquellas prácticas a las que había debido el hombre su propia superación, de suerte que, al renunciar a ellas, su evolución se trastocó en involución hasta regresar al tipo del prehistórico, el que estuvo caracterizado por su tendencia a la embriaguez, su idolatría, el culto a los héroes, el arte rudimentario (Vanguardismo), el predominio de la fuerza bruta, y en suma, por su infantilidad moral, religiosa y artística. Quiere decir que para volver a ser hombres en su significado de humanos (imagen y semejanza de Dios), será forzoso volver a empezar por el principio (Renacimiento) y recorrer el mismo caminito andado en sus comienzos, ya que no existe otra ruta, allí incluido

el arte de la Astrología para relacionar nuestros asuntos con los ciclos y períodos de la naturaleza, y ayudarnos en el avance.

Nuevamente me sentí convencido, y más todavía: conmovido por aquellas palabras que me parecieron tan ciertas como un axioma; y así se lo declaré a él, sólo que no me contestó nada, como si no me hubiese oído. Temí entonces que el cansancio había empezado a invadirlo; sin embargo, aún me quedaban cosas que necesitaba saber. Y, arriesgando pasar por desconsiderado le pregunté si no figuraba en sus proyectos la electrificación del país para el logro de la industrialización total, que es la aspiración de todos los pueblos.

—En efecto —contestó presto—, necesitamos la electrificación para el trabajo rural, para el hogar, la industria y la transportación, y pueda ese ambiente rural llamarse vida o ser vivible. Pero lejos de nosotros pretender la industrialización total al estilo de esos países civilizados en que usted pensaba al formular la pregunta, porque la experiencia ha enseñado que son las pequeñas labores las que mantienen el equilibrio en un país. En el de Norteamérica, por ejemplo, se ha visto siempre que las empresas pequeñas se levantan más fácilmente que las grandes industrias. Durante 1949 se sucedían allí un promedio de 90 quiebras diarias de dichas empresas o labores, sin que la economía nacional se resintiese; pero el simple paro por 30 días de la empresa Ford se hace sentir en todos los hogares. Esto sin hablar de la observación del señor Dodd, de la organización agrícola y de alimentación de las Naciones Unidas, que después de un viaje de estudio por el mundo encontró que más falta hace saber cómo aprovechar las tierras de labranza para el aumento de las cosechas, que la propia mecanización de la agricultura. Lo cual quiere decir que la mecanización sola, sin aquel conocimiento, resultaría más bien contra-productente. Es por eso que muchos países de los llamados industriales están ya volviendo a la agricultura y demás ideas que se practicaban hace tres siglos, como la medicina sintética de los laboratorios tiende a regresar a la botánica. Es verdad que en las condiciones actuales po-

dría resultar más que oneroso hacer carreteras, edificios, etc., con las manos; pero si eliminamos del gobierno los boatos y demás gastos superfluos de exhibicionismo, y establecemos en cambio una vida sencilla y tranquila, o una política en sincera concordancia con nuestra realidad, la mano de obra podría seguir indefinidamente, con mejor voluntad que hasta ahora y sin temor de que los salarios resultasen alguna vez insuficientes, pues así se le convencería más fácilmente al obrero a considerar al salario como un medio y no como un fin, pudiendo adquirir o conservar mejor su espiritualidad de la que es su mayor enemiga la industrialización por volver a los hombres cada vez más interesados o metalizados: que entre más salario, más inquietud y menos satisfacción; a más de que la industrialización y la libertad son irreconciliables (nos referimos a la libertad política, que la moral quedó anulada al hacerse del salario un fin), pues aquélla redonda, en última instancia, en el acrecentamiento de los poderes centrales o ejecutivos, o sea las dictaduras cuyo fruto ya bien conocemos. Y no seremos nosotros los que caigamos en tal error, decididos como estamos a hacer el mejor uso de la experiencia. De esta guisa Guatemala será un país mejor, más sano, más humanitario y más rico por obra de Dios y de los hombres, con lo que daremos un mentís a Marx y sus secuaces que sostienen que son las condiciones económicas las que hacen la historia, y la razón a Sickens cuando dijo que el pensamiento avanza en la órbita de los soles —y no en la de los reptiles. Sólo entonces estaremos en aptitud de dedicarnos a estimular el turismo sin temor a ruborizarnos, ya que entonces nuestro país no será menos que ninguno, y sí tal vez superior a muchos; pero sin tratar de ser tan haraganes, por no decir inmorales, para pretender vivir en mayor grado del mismo. Un gobierno cuya principal fuente de ingresos sea el turismo, logrado sólo por el hecho de ser maestro en el arte de hacer propaganda en los lugares estratégicos, y por no poseer una fuente milagrosa de salud o la paz de Dios, viene a ser como el gerente de un circo, y la nación, el circo mismo. Sino que aquél debe ser tomado como un medio —y no principal, sino auxiliar en

pro de la educación de los pueblos: un modo de favorecer el intercambio cultural, en primer término. De aquí que la campaña turística no deberá ser para todos y de modo incondicional, sino selectiva y condicionalmente; pues así como los buenos padres de familia saben cerrar las puertas de sus casas a aquellos extraños que por sus viciadas costumbres pudieran poner en peligro la moralidad propia de sus hijos, así la nación, que no es sino hogar de hogares y familia de familias, deberá negar la entrada al extranjero cuya conducta privada, no sólo pública, esté en desacuerdo con los cánones de su propia moral. Si esta política que podríamos llamar de puerta entornada, y que por pobreza, "ignorancia" y la lentitud de los medios de transporte observaba Hispanoamérica todavía a principios del siglo, hubiera perdurado, estos pueblos no estuvieran hoy en el mismo nivel moral —o amoral— de los pueblos civilizados a los que se desvíe por imitar, sin parar mientes en que aquéllos, por su total alfabetismo podían hasta cierto punto entregarse a sus vicios y errores sin poner en gran peligro hasta hoy su unidad nacional. Pero ¿podrá decirse lo mismo de estos pueblos hispanos que adoptaron dichos vicios, y nada más que los vicios?...

Y calló, como si ahora fuera a poner término a la entrevista, lo cual traté una vez más de posponer pese a la trágica incomodidad que me proporcionaba la tiesa y estrecha silla que me habían deparado, y a la cual debía un dolor molesto que me escocía el cuerpo. Y me apresuré a reanudar el diálogo, sacando fuerzas de flaqueza:

—A fe mía que no hace falta ser filósofo para comprender la verdad en que rebosan sus asertos. Aplicando el análisis, se descubre que siempre las degeneraciones morales o sociales empezaron por una de esas llamadas frivolidades que, consentida primero por creérsela inocua, pronto desprecia y abate a todas las demás virtudes, porque aquélla no era sino el principio de la pendiente, hasta hacer de los hombres lastimosos títeres del azar desde muy antes de llegar al fondo. La norma de gobierno que nos habéis trazado, si es cierto que acusa la drasti-

cidad de un purgante, la creo empero de aplicación necesaria e indeclinable si se quiere que un grupo de hombres adquiriera la grandeza inmanente de los que se nutren de ambos panes: de trigo y de espíritu.

—Ese es nuestro ideal —contestó, despertando otra vez al entusiasmo—, único medio de evitar siempre “tiranos que escupan la faz de la patria”; ideal que debiera ser de todos los gobiernos legítimos, auspiciando la llegada de esos anhelados días en que todo el mundo viva su vida en paz y libre de vicios, de enfermedades y temores, hasta pasar quietamente, como un niño cansado cierra sus ojos y se duerme, de este al otro mundo. —Con un suspiro, agregó: —Pero ¡qué difícil será alcanzar esos días! ¡Cuánto trabajo y desvelos habrá de causarnos su persecución!... Pero al menos prometemos ser constantes, no importa el tiempo que se pase: nunca será tarde si llega. La parte drástica del procedimiento es, en efecto, semejante a una purga, de aplicación por ende dolorosa; pero como bien podría decirse que si en el curso de la historia se han disculpado —y hasta aplaudido— tiranías retrógradas, destructoras de los valores humanos, con mayor razón podrá hasta concedérsele la razón a la que pueda tender al recobro de esos mismos valores. Pero la nuestra, ¿será de veras una dictadura? ¿No será más propio llamarla democracia en funciones, tal y como debe entenderse en un mundo de imperfecciones como el nuestro? Siempre, desde luego, que sea considerada como el primer paso en el sendero hacia la consecución de la Democracia ideal, o sea la de los hombres comprensivos y de buena voluntad.

No puedo decir si a esto agregó nuevas palabras o no, pues yo dejé de oírlo al quedarme ensimismado tratando de recobrar el nombre del autor de cierta frase que había leído en un libro, la que deseaba repetir aquí, más con la pena de hacerlo sin ese requisito, porque no fuera a creer mi entrevistado que soy un plagiador. Pero cuando éste, adivinando mi situación, me preguntó qué era lo que quería recordar, yo no lo pensé más y solté la cita:

—“Las más grandes tiranías han tenido principios humildes. De antecedentes pasados por alto, de descontentos despreciados, de quejas tratadas con ridículo, de hombres miserables oprimidos con impunidad y de hombres explotadores tolerados con complacencia, nacen usos tiránicos que luego muchas generaciones de hombres buenos y sabios tratarán vanamente de resistir. De aquí la necesidad de denunciar cualquier acto de opresión de incansable y aun pesada perseverancia. De no hacerse así este acto queda como un precedente”. Y yo me estaba preguntando —añadí— cómo es que pueden ustedes, habiendo sido tan miserablemente oprimidos hasta ahora, evadir esta ley para venir a gobernar con tan profundo sentido humano.

—Es que lo dicho por el señor Jewkes —dijo, dándome el nombre que buscaba y acusando con ello un buen conocimiento de nuestros sociólogos— no es ninguna ley, sino una simple regla, una deducción salida de la observación directa de la conducta de los hombres, la cual es positivamente cierta pero a condición de que no cese de regir aquel agente materialista a que antes nos referimos. En nuestro ambiente, por ejemplo, en donde dicho agente era el eterno determinante de acciones y reacciones, esa regla tenía fiel aplicación; y si tal condición subsistiera, hoy hiciéramos nosotros lo mismo que ellos, esto es, les pagaríamos en igual moneda. ¿No suele decirse que se cosecha lo que se siembra? Pero —y ésta es otra prueba de la dualidad del hombre— no sólo somos arcilla que al sembrarla de cardos no produce otra cosa que cardos, que si así fuéramos, el estado social de Guatemala y del resto del mundo seguiría, hoy como ayer y mañana como hoy, indefinidamente el mismo, con la sola diferencia, en nuestro caso, del cambio de lugar de los factores: el que estaba arriba vendría abajo y el opresor de ayer vendría a ser el oprimido de hoy, más sin la mínima modificación de producto. Pero, además de ser barro, somos también alma, que es la que hace, al lograr expresarse sin trabas en la vida consciente, que pueda cosecharse rosales sembrando cardos.

—Comprendo. Usted me quiere decir que el hecho mismo de poder el hombre pagar bien por mal, prueba en él la presencia de una segunda naturaleza distinta a la material.

—Sí, pues. Y esto se evidencia mejor cuando tal sucede entre un fuerte y un débil, habiendo sido el fuerte el maltratado, que a más de renunciar a su fácil venganza, olvida la afrenta recibida para ofrecerle al otro su amistad de hermano. Si a los que ahora se están yendo pudiéramos detenerlos en su fuga, con gusto les daríamos asiento en torno de nuestra mesa.

—¿Va a tratar su gobierno de obtener la colaboración de ellos? —le pregunté extrañado.

—Sí, señor. Su experiencia nos será de provecho.

—Pero siendo ustedes eminentemente campesinos, ¿qué parte pueden tener ellos que son de la ciudad?

—La Administración Pública —muy sencillamente repuso— abarca otros muchos negocios, a más del referente a la labranza. Por otra parte, si los principales de ellos eran ciudadanos, lo era sólo en apariencia, que si en la ciudad tenían la oficina, en el campo tenían la finca; y por eso, siendo los principales, eran menos que nada porque andaban en dos caballos a la vez, aunque en el fondo no andaban más que en uno, que era el de la extorsión.

Vine a recordar que el último presidente ladino había predicho que, “en el peor de los casos”, ellos serían invitados a colaborar con los indígenas para así asesorarse técnicamente. Con todo, expresé ahora mis dudas de que aquéllos acepten su llamado en las presentes circunstancias.

—Su duda es razonable —convino—; es posible esperar que ellos vacilen antes de aceptar nuestra propuesta, pues no es muy fácil perdonar al que les ha hecho perder el caballito de fondo que montaban, dejándolos en el aire. Pero más bien por esto mismo es posible que acudan presto, ya que “media hogaza es mejor que nada”. —Y desplegó una fugaz sonrisa, agregando ya en serio: —De todos modos nos sobran razones para confiar en que vendrán solitos cuando nos hayan conocido mejor.

Me acordé de pronto de otro detalle, y dije:

—Sin embargo, encuentro otro obstáculo aún más poderoso al objeto de que ellos puedan aceptar tal propuesta. Me refiero a la autonomía que se teme que ustedes quieran dar ahora al departamento del Quiché, de acuerdo con vuestros viejos ideales, y lo cual tengo entendido que los ladinos se negarán siempre a sancionar.

—Ese era un viejo anhelo que ciertamente habíamos sustentado desde el día en que caímos vencidos por el fuego de los cañones, cuando nuestro rencor no era sólo contra el “blanco”, sino también contra aquellas tribus que ayudaron a los conquistadores en su misión de exterminio. Pero ahora, habida cuenta de los sentimientos que nos impulsan y los ideales que perseguimos, no puede tal rencor ser menos que olvidado, máxime si paramos mientes en que estas tribus, pese a aquel entreguismo, no han sufrido menos que nosotros. Ahora debe comprenderse que esa autonomía no será sólo de los quichés, sino de todo el pueblo de Guatemala, unidos todos por el mismo amor a los hombres, que es el amor a la patria.

Aquí sentí exacerbarse todos mis dolores, como si la silla, al fin, hubiese acabado por convertirse en estaca y lo cual nada extraño sería, si en este mundo de hoy todo tiende a retrogradar a los tiempos de Guatimozín, y más atrás aún. Sin embargo, yo debía fingir encontrarme en un lecho de rosas, o poco menos, con el ejemplo que me daba el propio presidente, aunque su inmovilidad pudiera obedecer a falta de entusiasmo por continuar la charla, como así parecía dármelo a entender, por otro lado, esos cada vez más frecuentes si bien discretos bostezos de algunos de sus ministros, cuyos cuerpos también aparecían como clavados en sus asientos, así como sus ojos en mí, a la brillante claridad de aquellos poderosos reflectores cuyos haces luminosos se entrecruzaban formando como un palio sobre nuestras cabezas. Pero aquella su última sonrisa, fugaz como había sido, capaz fué de darme alientos para seguir inquiriendo, aunque apremiando las preguntas, más que todo por mis propias molestias. Lo lamentable fué que en tal apuro no medí el definitivo alcance de mis palabras en la demanda que hice a continuación, sino que las dije sin meditarlo, sor-

prendiéndome y hasta arrepintiéndome de ello cuando ya la cosa no tenía remedio. La demanda en la que iban tales palabras fué está:

—Le estoy muy agradecido por la atención que me ha dispensado, señor presidente, y le ruego perdonar lo mucho que ya he abusado de usted, tanto más que aún deseo conocer su pensamiento en cuanto a las relaciones de su gobierno con los demás países, pues allá podrían tener la creencia de que por ser éste un gobierno netamente indígena haya venido a ser de nuevo conquistable.

Y tal despropósito me puso sin necesidad en situación de temer que a Su Excelencia “se le subiera el indio al pelo”, como dicen aquí, o sea que sacara el pelo de la dehesa. Pero en esto estaba también equivocado, pues sin mudar su continente, sólo que irguiendo dignamente la cabeza, me contestó:

—Es absolutamente al revés, caballero; que si es verdad que antes no tenía el gobierno apariencia indígena era porque para quitársela precisamente, se hacía derroche de todos los medios nacionales, allí incluida nuestra propia vitalidad, que es la de todo el país, hasta llegar a hacer de éste un organismo muerto o cuerpo sin alma; lo cual fué siempre tanto más de sentir cuanto que todo eso debía ser en vano, pues ño es con levitas y cosméticos como se adquiere naturaleza de “blanco”. Y, en efecto, la influencia indígena en todos los usos de la vida ladina siguió siendo eterna e innegablemente manifiesta hasta en los mínimos detalles. Con decirle que así como nuestras mujeres no sabían adornarse con flores, así tampoco las mujeres de ellos, por lo cual las nuestras raras veces tenían nombres de flores, como decir Rosa o Dalia, y así ocurría entre las de ellos; en cambio era frecuente encontrar indígenas con el nombre de María, y asimismo ladinas, sólo que éstas, en su afán de alejarse de las nuestras se cambiaban el nombre una vez crecidas o los pronunciaban en inglés y en todo caso dejaban de llamarse Marías. Siendo, pues, tan inútil como injusto y agotador el sacrificio que hacían de la patria (no hacían sacrificios en aras de la patria, sino que a esa patria la sacrificaban en sus altares particulares), era entonces que

lógicamente debía ser más conquistable que ahora, tanto más si tomamos en cuenta que el gobierno de hoy es el de la mayoría, no importa lo torpe que ella sea, pero es la mayoría, con todos dos derechos humanos y divinos para ser libre y gobernarse por sí misma: autonomía que no podrá menos que redundar en el renacimiento de aquella vitalidad. Por otra parte, conquistas fueron de temerse en las pasadas centurias, cuando todos pensaban morbosamente y se movían en torno de la rapiña, no ahora que se presume que los hombres han ascendido un peldaño en la escala de su evolución, lo que hace esperar que ya sepan que no es por su estatura o el color de los ojos por lo que se juzga al hombre, ni por lo que pueda llevar en los bolsillos, sino por sus obras.

Hizo una pausa, como para que sus palabras hicieran más honda impresión —y yo me puse a desear que fuera positiva aquella mi reducción dimensional, para pasar en este momento inadvertido—, y luego prosiguió:

—Pero usted desea tener un anticipo de lo que haremos en relación a los demás países, ¿no es cierto? Pues ya casi lo hemos dicho todo: no omitiremos sacrificios en nuestro anhelo de reconstruir al país, poniendo tanto esfuerzo en ello como los ladinos pusieron en destruirlo, al par que contribuir en unión de las demás naciones de buena voluntad, a la consecución de un mundo mejor y de una civilización verdadera, basada ésta no ya en la borrachera, la prostitución y la locura como ha sido hasta hoy, sino en los valores eternos, y pueda la humanidad entera ponerse en pie y alcanzar al fin el milenio o período de paz eviterna que, según el visionario de Patmos, coronará al mundo en su madurez. Para ello no hará falta más que los hombres se decidan a ayudarse unos a otros, a obrar bien en lugar de mal, a cosechar bendiciones en vez de maldiciones, proscribiendo de su mente hasta donde sea posible los deseos materiales que por ser de posesión jamás se logran satisfacer, los que deberán sustituir, por los deseos espirituales que son los que se complacen en hacer el bien y se satisfacen plenamente. En una palabra, decidiéndose a ser cristianos en la

práctica, y cristianos antes de religiosos, y antes que Rotarios, y Leones, y Juniors...

“De aquí que nuestras relaciones con las otras naciones deberán ser fomentadas al máximo, no tanto en su sentido diplomático cuanto en el ya señalado de desinteresado amor a la humanidad una vez hayamos obtenido el reconocimiento formal a que tenemos derecho, el que sin duda no lo demorarán mucho dada la constitucionalidad de nuestro régimen, a más de ser bien conocidos los objetivos que perseguimos. Obvio es decir que conservaremos en sus puestos a aquellos de nuestros diplomáticos ladinos que hayan sido acertados en sus funciones y que quieran ayudarnos a realizar la unión no sólo de los pueblos centroamericanos, sino de todas las Américas y del mundo todo, unión que deberá ser hecha por el único medio posible: el puro y consciente humanitarismo. Porque es un mito el que los pueblos tengan diferentes misiones, sino una sola: la de amar y servir, o que tengan distintos destinos, sino uno sólo: el de ser felices. Véase, pues, que no hay pueblos, en plural, sino pueblo: un solo pueblo, hijo de Dios y a Dios gracias. Así es que para esa unión no hará falta nivelar lenguas ni religiones, ni los sistemas de medidas, ni planes de estudio, ni ninguna cosa material: bastará cultivar conciencias. ¿No es ejemplo elocuente el país de Suiza? Patria de tres razas, tres credos y tres lenguas distintas, tres tradiciones y costumbres y tres filosofías, y allí nadie se considera italiano ni alemán ni francés: son suizos. Pero cuando se carece de conciencia hay desunión, no importa que los pueblos tengan una misma tradición y lengua, de lo cual, entre otros, son ejemplo la China, que siendo una unidad racial absoluta, sin embargo, nunca fué posible por nadie gobernarla en conjunto, y los pueblos de Centreomérica, cuyo distanciamiento mutuo, lejos de reducirse aumenta cada día por el chauvinismo de unos y los complejos de superioridad de los otros, a pesar de que ya una vez fueron una misma cosa. (Aunque esto de la unidad racial de América es bien discutible, aun admitiendo que sólo España la hubiese conquistado y dado sus tradiciones, porque ni España es una unidad: ha sufrido influencias contrarias

en el curso de su historia, siendo las principales: la latina con los romanos, la germánica con los godos, la musulmana con los árabes y, por último, la cristiana. Resulta, entonces, que los conquistadores venidos de las regiones donde predominaba la tradición árabe, por el caso (Andalucía), habrán legado a América distinta idiosincracia que la heredada por los venidos de las zonas donde prevalecía tradición distinta, como la de Galicia o Castilla la Vieja. Y aún en una misma zona como la andaluza, había que distinguir en su preponderante tradición árabe, cuál de sus partes imperaba: la judía o la mora, la asiática o la africana. Pero a España se agregaron otras naciones conquistadoras, a más que la misma América careció siempre de una sola tradición universalmente autóctona o americana). Es por eso que no se adelantará nada, en esto de unir a los pueblos americanos —y no americanos—, invocando razones de razas, de lenguas o de credos, o ascendiendo al rango de embajadas las semidemocráticas legaciones de antes, sino que deberá despertárseles a la necesidad consciente de sentirse hermanos con todos los demás pueblos de la tierra, haciéndoles renunciar voluntariamente al individualismo reinante, y pueda aquel sentimiento de la hermandad saltar por encima de las conveniencias de rutina, los intereses creados y los credos políticos, y, ante todo, por encima de ese patriotismo considerado siempre como virtud, virtud que no ha sido otra que la de paralizar al mundo en su comprensión de los demás y en sus innatas tendencias unitarias al engendrar el absurdo culto a los héroes (héroes ya militares, ya de la pantalla, de aquella época de idolatrías: idolatría teológica, idolatría pecuniaria, idolatría del sexo, idolatría de idolatrías...), porque ningún hombre —excluyendo los mitológicos— hizo nunca más de lo que debía, para concluir en el aislamiento de unos grupos de otros, aislamiento tanto mayor cuanto más patriotismo acusen. (Pero ¿puede llamarse patriotismo eso que surge del nacionalismo ciego, hacedor de tiranías? Porque los tiranos escalan el poder y lo conservan agitando tal sentimiento como bandera y sirviéndose del mismo como combustible, hasta resucitar aquel culto a los muertos que se estilaba en el período de la prehistoria

y, pasando por el fascismo, terminar en el comunismo). Y a tal "virtud" es que se debe que pueblos como Puerto Rico, Sicilia, Cataluña o Escocia quieran seguir los pasos dados por Irlanda del Sur (Eire), Pakistán, Trieste, Indonesia..., por citar sólo los modernos.

"Es que el hecho de que ciertos pueblos hayan podido permanecer unidos en ciertos momentos, críticos o no, de su historia (por tres siglos la Europa del oeste estuvo unida durante las Cruzadas de Jerusalén, y después ¡cuántas veces se ha destruido sola!), no es razón suficiente para esperar que en las condiciones actuales puedan un día unirse. Así que toda invocación al pasado es inconducente, máxime si queremos eludir la responsabilidad de los que nos han precedido. No es, pues, invocando el ayer que podremos construir el mañana. Es al contrario: debemos olvidar la historia, que nada tiene digno de imitarse —si se exceptúan los escasos filántropos y olvidados apóstoles que debieran ser siempre recordados—, y dar un espaldarazo a todos los héroes consagrados por acciones que fueron siempre de agresión, que si pudieron ser ciudadanos modelos, lo fueron sólo de su tiempo y no de los tiempos de hoy, al modo como los modernistas dicen de los clásicos de antes, sin que por ello queramos decir que esos héroes tengan algo de clásico; y si pudieron formar uniones fueron apenas de un día, sin ser jamás unidad porque ésta no se logra por medios interesados de orden bélico o político, sino a base de apostolado; ella no puede ser obra de tratados entre vencedores y vencidos, ni siquiera entre gobernantes amigos, sino de sentimientos entre gobernados, o sea de pueblo a pueblo. No es trabajo de estadistas ni de políticos ni de soldados, sino de educadores —escritores, poetas, artistas y maestros— con madera de redentores; no ha de ser por imposición, ni siquiera por conveniencia, sino con la espontaneidad de la flor que brota por la mañana. En una palabra, unidad basada en la fraternidad humana, esto es, en el amor al prójimo; no más en la razón —la razón de Bolívar, o de San Martín, o de Jerez, o de Washington, o de Morazán— sino en lo emotivo: emotivo enmarcado en el ideal de Dios o en el pensamiento de conciencia universal. Que inculcando el amor de Dios

a los pueblos, todo lo demás se vendrá por añadidura, porque habrán adoptado como política universal el "No hagas a otro lo que no quieras para ti", y "Haz a los demás lo que quisieras que hicieran contigo".

Poco a poco me había ido reponiendo del bochorno que me había causado mi impremeditación anterior, menos por el tiempo que había transcurrido que por la blandura de este pequeño grande hombre cuya "severa suavidad" hacía pronto envejecer cualquier pena. Y con buena calma, pensando bien cada palabra, le expresé que mis sentimientos estaban en un todo de acuerdo con los suyos, añadiendo al final:

—Me temo, sí, que la unidad que usted pretende en el mundo sólo podría darse en la última etapa de la evolución humana, en donde la conciencia es la que rige los actos del hombre, aunque reconozco que nunca será de más tratar de conseguirla desde ahora; no obstante, opino como usted que en el presente debemos conformarnos con las simples uniones que se puedan lograr, como decir el proyectado gobierno federal de las naciones, que tantos partidarios tiene.

El concedió, moviendo la cabeza.

—Sí —dijo—. En el estado actual del mundo cualquier forma de unión es buena, siempre que sea hecha libremente. Pero ¿dónde es que están esos tantos partidarios del gobierno federal, que dice usted? Se dijera que no hay ninguno. Muchos hay, ciertamente, que, con palabra más o menos ruidosa, se han pronunciado en favor de esa federación; pero no han pasado de las palabras. Y cuando esos mismos han llegado a hacer algo es lo contrario de lo que dicen. No puede ser nunca razonable repudiar un país, sólo porque no se simpatice con su gobernante, porque antes que el hombre debe considerarse al pueblo. Si para expresar la propia antipatía por aquél (no decimos por su régimen, porque, en la práctica, tratándose del fascismo, éste es el que menos cuenta, sino antipatía personal por el gobernante), cortamos nuestras relaciones con tal país, el castigado, sólo en último término, si es que al cabo llega a serlo, será el Jefe de Estado; antes lo habrá sido todo el pueblo. Y pretender derribar a uno de aquéllos

llevando al hambre a su pueblo por medio del bloqueo económico, es tan criminal como picar al caballo hasta que bote al jinete, tanto más cuanto que el déspota que tiraniza a su pueblo no oprime más que a los que le son opuestos, en tanto los países bloqueadores castigan por igual a ambos bandos: al adicto y al contrario, lo que, a más de injusto, es monstruoso. Si esa conducta de romper relaciones y practicar bloqueos se observara de modo análogo entre los residentes de un barrio —y no olvidemos que con la rapidez de los transportes, los habitantes del globo son ya como vecinos de un mismo barrio—, al cabo de un tiempo esos barrios habrían dejado de ser residenciales para volverse “tierra de nadie”.

“En el caso internacional que nos ocupa, con el retiro de las misiones diplomáticas, aunque no sea seguido del bloqueo comercial, se comete siempre más crimen que siguiendo conducta opuesta. Cualquier sádico será menos cruel con sus familiares ante los invitados o extraños, que quedándose solo y a puerta cerrada con aquéllos. Hasta hoy no se ha encontrado, ni se encontrará, un hombre suficientemente vergonzante como par renunciar a su poder al verse aislado, sencillamente, porque cuando se decidió por la dictadura se decidió también a hacer a un lado la vergüenza.

“Pero para los oprimidos de un país, las embajadas y legaciones extranjeras son una bendición: le sirven de consuelo y además de estímulo en su justa rebeldía y conducta libertadora, máxime si los agregados de prensa cumplen con su deber publicando en el exterior todo lo que allí ocurre. El principio de asilo debe ser, pues, la mejor arma que un país puede esgrimir contra el tirano de otro al que se quisiera ver derribado. (Nota bene: estas ideas, escritas desde antes de 1949, fueron en dicho año puestas en práctica por un país del Caribe en una nación amiga de la América del Sur, por primera vez). Pero los estadistas dirigentes del mundo occidental últimamente han querido guiarse por la política afortunadamente hipócrita de dejar que cada pueblo resuelva solo sus propios problemas, sin intervención alguna, negándose a considerar que si siguiéramos esa misma conducta en el seno de las